

La Ilustración Artística



Reg. 1110
BIBLIOTECA MUNICIPAL
MADRID

AÑO XXIX

← BARCELONA 17 DE ENERO DE 1910 →

NÚM. 1.464



LA BAILADORA, escultura en mármol original de Mariano Benlliure
y hecha por encargo del Casino Español de Buenos Aires

SUMARIO

Texto. — *Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide — *Reencarnación*, por José Francés. — *Los principales teatros de Viena.* — *El aviador León Delagrangé.* — *El explorador antártico Shackleton.* — *La Academia Española de Bellas Artes de Roma.* — *Eugenio d' Albert.* — *La miseria en Nueva York.* — *Mistress Russel Sage.* — *Problema de ajedrez.* — *El fantasma de la Opera*, novela ilustrada (continuación). — *Valencia. Clausura de la Exposición Regional.* — *La misión marítima china.* — *Una obra importante en el río Llobregat.* — *San Sebastián. Los vencedores del tiro de pichón.*

Grabados. — *La bailadora*, escultura de Mariano Benlliure. — *Dibujo de Luisa Vida!* que ilustra el artículo *Reencarnación.* — *Acción de gracias*, cuadro de Bernardo de Hoog. — *Un terceto*, cuadro de Juan Larwin. — *Los principales teatros de Viena*, lámina compuesta por siete vistas fotográficas de otros tantos teatros. — *El aviador León Delagrangé y los restos de su aeroplano después de la terrible caída que le ocasionó la muerte.* — *Roma. Banquete en el Capitolio en honor del capitán Shackleton, explorador del Polo Antártico.* — *Vistas de la Academia Española de Bellas Artes de Roma y retratos del Director y actuales pensionados.* — *Rosas*, cuadro de M. Nonnenbruch. — *Eugenio d' Albert.* — *La miseria en Nueva York. Distribución gratuita de pan y café calientes a gentes sin trabajo y sin abrigo.* — *Valencia. La clausura de la Exposición Regional con asistencia del ministro de Instrucción Pública.* — *El príncipe chino Tsai-Hsun en Berlín.* — *El Excmo. Sr. D. Joaquín Solares visitando las obras de encausamiento del río Llobregat.* — *San Juan Desplá (Barcelona).* — *Vista de las obras de encausamiento del río Llobregat.* — *Campo del tiro de pichón de San Sebastián y nueve retratos de los vencedores del último concurso.*

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Centroamérica. — *Nicaragua:* la revolución y el nuevo presidente: la acción e influencia de los Estados Unidos y de México: la opinión en Europa contra las aspiraciones de los yanquis a la hegemonía de América. — *La unión centroamericana:* la Patria Grande: la instrucción cívica: la labor unionista de las instituciones internacionales centroamericanas. — *Venezuela:* situación económica y condiciones geográficas.

Terminó el año 1909 con el triunfo de una revolución en Centroamérica. El presidente de Nicaragua, Zelaya, no pudo sobreponerse a sus adversarios, dimitió y, con aprobación de la Asamblea nacional, le ha reemplazado el Dr. José Madriz, persona de grandes prestigios que, enemistado años hace con Zelaya, residía en El Salvador.

Hay indicios para suponer que se ha llegado a este acuerdo como transacción para evitar que desde el primer momento se hiciera dueño del Poder el candillo de los revolucionarios, general Estrada. Lo cierto es que, según los últimos informes, éste se negaba a reconocer la designación hecha a favor de Madriz y protestaba contra la permanencia en el gobierno de individuos adictos a Zelaya. Pedía un cambio completo en la política, manteníase amenazador al frente de sus huestes y solicitaba del gobierno yanqui que le considerase como jefe supremo de la República. Así, pues, sería aventurado afirmar que estaba ya definitivamente restablecida la paz en Nicaragua.

Como siempre que se trata de asuntos políticos de Centroamérica, el gobierno de Washington interviene en ellos más o menos directamente. También se hace sentir la acción de México, y parece que con motivo de los hechos a que ahora nos referimos, los nicaragüenses forman en tres bandos distintos desde el punto de vista de sus relaciones con uno u otro de aquellos Estados: los partidarios de Estrada se apoyan en los yanquis, los de Madriz tienen sus valedores en México, los zelayistas protestan airados contra la ingerencia de ambas potencias, sobre todo contra los Estados Unidos, a quienes atribuyen influjo decisivo a favor de la revolución, y nos presentan a Zelaya como un genio extraordinario que iba a realizar bajo su mando la unión centroamericana, y a los Estados Unidos temerosos de que tal unión se logre y consintiendo que la gente de Estrada preparase el movimiento revolucionario en Panamá y en la Luisiana.

Aparte las exageraciones de los buenos amigos de Zelaya, hay que reconocer que los Estados Unidos hacen cuanto pueden para robustecer su influencia en Nicaragua y en general en todos estos países del Centro de América. Aprovechan siempre ocasión de suscitar dificultades a los gobiernos, y uno de los medios de que se valen es la defensa de supuestos derechos o intereses de ciudadanos yanquis que obtienen concesiones de terreno en aquellas Repúblicas o toman parte en guerras o revoluciones. Rara es la revolución o tentativa revolucionaria en que no

aparece algún aventurero yanqui haciendo armas ó conspirando contra el gobierno respectivo, y si éste, en virtud de perfecto derecho, aplica los preceptos legales al extranjero que abusa de la hospitalidad que recibe, es inmediata la reclamación amenazadora del gobierno yanqui.

Así ha sucedido ahora con motivo de la contienda entre Zelaya y Estrada. Dos yanquis, uno de ellos bien conocido como profesional de revoluciones americanas, intentaron hacer volar con explosivos un vapor en que habían embarcado 500 soldados: convictos y confesos los criminales, fueron fusilados. Vino, como era de rigor, la reclamación del gobierno yanqui y la amenaza de enviar buques de guerra, y la presión que de este modo ejercía sobre el gobierno de Zelaya dió mayor aliento a los revolucionarios y contribuyó mucho a que éste tuviera que renunciar la presidencia.

Como ya se ha indicado, en esta política de intervención en Centroamérica entra también en juego la República de México. Admitido el hecho—no el derecho, ciertamente—de que los Estados Unidos se entrometan en los asuntos de esos países, era preciso consentir acción análoga por parte de México y, efectivamente, según acuerdos anteriores ambas potencias se arrogaron la misión de velar por el cumplimiento de tratados que obligan a las cinco Repúblicas y de interponer sus buenos oficios en favor de la paz.

Ahora México, más respetuosa del derecho de los demás que la Unión norteamericana, ha procurado mantener neutralidad en el conflicto revolucionario de Nicaragua, limitándose a favorecer la solución intermedia y a intervenir amistosamente para que Zelaya y los más significados de sus partidarios pudieran salir del propio país y refugiarse en territorio mexicano ó de las otras Repúblicas.

La prudente y humanitaria conducta de México disgusta a los yanquis, quienes dan a entender que no están dispuestos a consentir que el gobierno del general Díaz les enmienda la plana y mucho menos a que ampare a quien consideran enemigo ó mal dispuesto a someterse a su influencia. Temen que Zelaya en México prepare la contrarrevolución, y hacen correr la voz de que hay un tratado secreto por virtud del cual México había prometido su apoyo a Zelaya para el caso de guerra entre Nicaragua y Guatemala, a condición de que aquél, una vez vencedor, permitiese la incorporación a México de parte del territorio guatemalteco.

Ante los repetidos alardes de hegemonía que hacen los Estados Unidos sobre algunos de los demás pueblos americanos, empieza a conmoverse la opinión en Europa. Hasta hoy, por virtud de esa fascinación que ejercen los poderosos—aunque no tengan más que el valor externo, ficticio, pasajero que da la acumulación de riqueza,—han predominado en el viejo mundo sentimientos de admiración y simpatía hacia la gran república del Norte, y de menosprecio algún tanto compasivo hacia tal ó cual de los Estados de Hispanoamérica que tan penosamente van constituyéndose como pueblos libres y soberanos. Pero ahora se ve claro en Europa que una de las dificultades con que luchan éstos es la artera política de los Estados Unidos, que aspiran a debilitarlos más de día en día y a hacer de ellos dependencia propia, por lo menos desde el punto de vista económico. Y como esto no conviene a Europa, hay quien aconseja que los gabinetes de París, Londres, Berlín, Roma, Madrid, etc., se pongan de acuerdo para sentar las bases de una liga de los intereses económicos europeos que contrarreste la acción norteamericana sobre el resto del Nuevo Mundo.

Pero como eso que a Europa no conviene, tampoco conviene a los demás países americanos, y como las cosas de América allá mismo y por la fuerza de las circunstancias y del interés común han de arreglarse, día vendrá—y no muy remotamente—en que formen esa liga de defensa contra los yanquis los gabinetes de México, Guatemala, Lima, Santiago, Buenos Aires, etc. Pensar que las cosas han de ser siempre como son hoy, y que el que muy alto sube, en las alturas permanecerá siempre, es desconocer la historia y la vida.

**

Estamos ya dentro del período (1909-1924) en que los pueblos hispano-americanos celebran ó van a celebrar el Centenario de su independencia. Se vuelve la vista al pasado para compararlo con lo presente y para hacer inventario de los progresos realizados durante un siglo. Y de esta comparación y de este inventario no todas las jóvenes Repúblicas de América pueden deducir iguales satisfactorias conclusiones. Las del Centro aún no han conseguido

realizar el ideal que acariciaron desde los primeros días de la independencia.

«Libertad y unión» fué el lema de los hispano-americanos que en 1821 se hicieron independientes y constituyeron las *Provincias Unidas del Centro de América*, y se acerca el año 1921 sin haber logrado esa unión y sin garantía sólida y efectiva de esa libertad, expuesta de continuo a los eclipses y quebrantos que ocasionan las revoluciones y las guerras.

La historia de Centroamérica es una perpetua antinomia entre el ideal y la realidad de los hechos. Pero el ideal persiste y arraiga en el ánimo de los centroamericanos, y ha lugar a la esperanza de que no llegue el año 1921 sin que antes reaparezca esa Patria Grande de que nos habla con fervoroso entusiasmo el órgano oficial de la *Oficina internacional Centro Americana*. Vuelve la vista atrás, y se contrista ante el cuadro de desaciertos que contempla; ve a los hombres públicos dominados por el demonio de la ambición y la discordia, y al caudillaje, la opresión y el infortunio como frutos de la guerra civil y del fraccionamiento. Hoy los eslabones de esa cadena de ignominia están rotos; el hierro de que fueron hechos conviértese poco a poco en arados y en carriles. Donde hubo opresión y revueltas habrá paz, justicia y libertad, y a favor de tan sagrados principios resurgirá la Patria Grande, que sólo la falta de cordura pudo fraccionar y que sólo el espíritu tradicionalista puede combatir.

Justo es consignar, sin embargo, que en términos absolutos no hay políticos centroamericanos opuestos a la unión. Los que figuran como partidarios del estado actual son los que creen que debe llegarse a la unión ó confederación poco a poco y procurando ante todo difundir la instrucción cívica, ya para que los pueblos lleguen a tener plena conciencia de los beneficios que aquélla ha de reportarles, ya también para capacitarlos como ciudadanos de una gran República, dispuestos a cumplir sus deberes y a hacer valer sus derechos.

Las Instituciones de carácter internacional recientemente creadas, tales como la Oficina antes citada y el Tribunal ó Corte de Justicia, laboran con perseverancia y decisión en pro del ideal unionista. Aquélla ha adoptado el escudo y la bandera de la antigua Federación, como aparece en la carátula de su periódico y en el artículo 42 de su reglamento, poniendo en el escudo la siguiente leyenda: *Estados Unidos de Centro América*. Ultimamente, la Honorable Corte de Justicia Centro americana, patentizando su espíritu unionista, ha adoptado también como suyos el escudo y la bandera de la Federación.

**

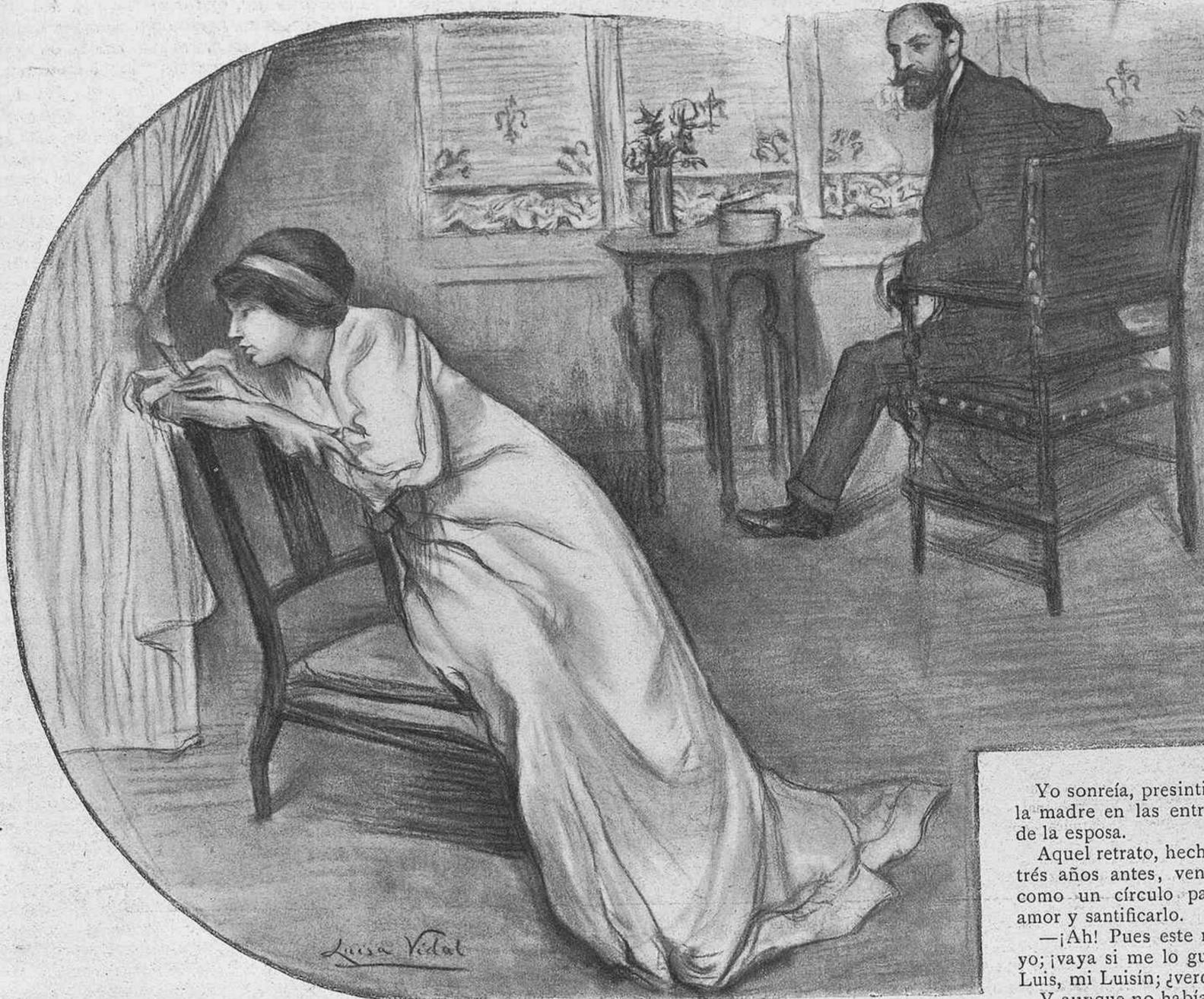
De la situación económica de Venezuela da noticia el cónsul de España en La Guaira. Señala un fenómeno aparentemente contradictorio: por una parte, es país poco poblado, pues sólo tiene unos dos millones de habitantes para una superficie de 1.020.400 kilómetros cuadrados, cifra que resulta de los últimos datos facilitados por la Dirección general de Estadística del ministerio de Fomento; y por otra parte, la población se halla tan mal repartida, que hay exceso de brazos y por consiguiente falta de trabajo y mucha miseria en las capitales de los Estados y en los pueblos del litoral, mientras el interior está despoblado.

Lo malsano de muchas regiones y el atraso en que allí está todo lo relativo a vialidad y transportes son la causa de lo que bien pudiera llamarse círculo vicioso, pues por falta de caminos y de habitantes no se sanean ni explotan esas ricas y feraces comarcas, las cuales por su misma frondosidad y su clima casi no son viales ni habitables.

Si las discordias políticas cesaran y pudiera haber gobierno capaz de desenvolverse sin temor a tentativas revolucionarias y a conflictos internacionales, su obra más patriótica y gloriosa sería iniciar y encauzar la inmigración en condiciones ventajosas, sanear el llano y las regiones del Orinoco, cruzar el país de ferrocarriles y carreteras y hacer que se cultivaran y exportaran las enormes riquezas que Venezuela atesora en ganados, maderas, gomas, productos tintóreos y medicinales, y minas de oro, plata, carbón, cobre, etc.

De todos modos, la obra sería lenta y difícil. No hay que perder de vista las circunstancias geográficas: en las zonas tropicales, próximas al Ecuador, la naturaleza avasalla al hombre, y se necesitan muchos años y mucho esfuerzo para llegar a la acción combinada de una y otra, con predominio del último, condición necesaria para crear y mantener la producción y con ella la propiedad de los pueblos.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



- ¡Qué chiquillo más mono! ¡Rico de tu madre! ¡Rey mío! Luisín...

REENCARNACION

A veces, en ciertas vulgarísimas existencias sucede que rebrotan las antiguas grandezas místicas, como si se cumpliera de pronto, en un individuo empadronado y con chaqué, algún supremo misterio brahmánico de los que incendiaron la prosa del Ramayana.

Ahora, por ejemplo, en pleno Madrid—con un paréntesis cuya extensión ignoro,—yo, humilde, veo mi altura espiritual y quizás profética; yo, humano, demasiado humano, me creo más allá de la muerte é investido de vida semidivina.

Yo he reencarnado en mí mismo. Soy mi hijo y soy mi padre.

¿Verdad que es estupenda la afirmación?

Pues os juro que no se trata de desequilibrio de neurasténico ni fantochada de originalista, ni mucho menos roma ironía á la manera de ciertos caballeres que ahora llaman á lo blanco «negro» para que se entienda «blanco.»

Por lo mismo que se trata de una íntima convulsión trastornadora, de algo semejante á la divinización de mi cotidiana existencia, se han cumplido los requisitos de tales convulsiones ideológicas y teogónicas.

Al reencarnar en mí, al hacerme padre de mí mismo, sólo—repitiéndose lo inevitable—ha bastado un milagro de amor.

El amor nos hace visionarios y nos hace crueles. Por el amor se roba y se es honrado; se mata y se perdona.

Yo amo por primera vez en mi vida, después de crearme enamorado mucho antes, ó de fingir este amor á fuerza de desearlo.

I

Hacia poco tiempo que nos habíamos casado.

Una tarde pacífica y lluviosa mi mujer y yo resolvimos cajas de recuerdos, hojeamos álbumes familiares, releímos cartas amarillentas y casi rotas por los dobleces.

Fueron momentos de íntima y cordial bondad. Sagrario vió mi pasado como un paisaje; lo aspiró como un perfume, y á veces cualquier recuerdo la entristecía y á veces otro recuerdo la afianzaba en mi juramento de haberla amado en las mujeres anteriores.

Y de pronto, de no sé dónde, salió un retrato mío. Yo le conocía de verlo siempre en la pared del tocador de mi madre, y cuando me detenía buscándome en aquellos rasgos infantiles y graves, de una gravedad extraña sobre tal niñez, mi madre sonreía.

—¿Qué? ¿Te gustas?.. Tenías tres años entonces. Y la cabeza como la palma de la mano, sin más que una ligera pelusilla dorada.

—Y un poquito triste, ¿verdad?, decía yo. Casi impone respeto este muñeco.

Mi madre seguía sonriendo, levemente apenada.

—Siempre fuiste lo mismo. Algunas veces tu padre y yo nos inquietábamos. Eras demasiado serio, demasiado formal. Parecía que habías vivido antes de nacer.

Sí; eso era. «Yo había vivido antes de nacer.» Estaba seguro de que había de sufrir mucho antes de hallar este santo amor actual, que es el supremo desquite.

Y así mis ojos tuvieron — aun desde la fotografía de tres años—una mirada firme y resignada, que luego iría siendo de menos firmeza y más resignación.

En la fotografía estoy de pie, bien plantado, con los brazos caídos á lo largo del cuerpecillo. Vestía un trajecito blanco con cintas rojas—negras en el retrato,—metidas y sacadas de tal modo en la tela del vestido que formaban á modo de un rosario. Un sombrero de paja, muy caído hacia atrás, me dejaba descubierta parte de la cabeza y toda la frente, bajo la cual estaban, graves y serenas, las claras pupilas. Sobre los labios, plegados con muda seriedad, la nariz que había de ser demasiado borbónica era entonces picarescamente respingona, semejante á la de Sagrario.

Ella lo besaba locamente.

—¡Qué chiquillo más mono! ¡Rico de tu madre! ¡Rey mío! Luisín...

Yo sonreía, presintiendo el despertar de la madre en las entrañas y en el corazón de la esposa.

Aquel retrato, hecho en Filipinas veintitrés años antes, venía como un broche, como un círculo para encerrar nuestro amor y santificarlo.

—¡Ah! Pues este retrato me lo guardo yo; ¡vaya si me lo guardo! Es mío, es mi Luis, mi Luisín; ¿verdad, nene?

Y aunque no había cesado la lluvia austera, y aunque estaba en torno nuestro la augusta belleza muerta de los recuerdos, yo solté una carcajada.

II

En una ausencia mía sus cartas me hablaron del retrato.

«Tú no sabes cuántos besos le he dado á este peloncito; besos buenos como á un hijo, porque en él beso al que será nuestro, de igual modo que después, besándole á él, te besaré á ti.»

«Yo creo que si tenemos un hijo ha de ser chico é igual á éste. Indudablemente este retrato ha sido una muestra que me manda Dios para enviarme uno semejante si me gustaba. ¡Y vaya si me gusta! Estoy encantada, enamorada de estos ojos que ya parecían verme...»

«Es raro; pero la mirada que tienes en este retrato no es de niño. Yo, que me sé de memoria tus ojos, veo que parece la de ahora, la de un hombre que ha sufrido mucho y conoce lo que el mundo puede dar de sí.»

«Cada vez le quiero más y le beso más á mi peloncito. Mañana pienso llevarle á retratar.»

«No sé por qué, pero yo creo que este chiquillo ha sido la promesa de algo siempre esperado, de algo muy hermoso. Le miro y confío más en la felicidad futura y más me afianzo en tu cariño.»

«Hoy he retratado á Luisín.»

«El fotógrafo, que no puede comprender estas niñadas nuestras—¡peor para él!—se ha sonreído. Tal vez pensaría que era el retrato de algún niño ya muerto, siendo así que se trataba de todo lo contrario: del retrato de un niño que va á nacer.»

«¿Verdad, Luis mío, Luis de mi peloncito, papá de mi Luisín, que Dios querrá concedernos un hijo como éste?»

III

¿Comprendéis de qué modo se me reveló la idea que ya sentía inquietarme vaga é imprecisa desde la tarde en que le entregué el retrato á Sagrario?

Yo era mi hijo y era mi padre.

Poco á poco, como algo más natural y lógico

hemos convencido Sagrario y yo de que tenemos un hijo y ya hay varias reproducciones del retrato.

Ella lo lleva en una medalla. Yo en la cartera. Encima de la vitrina de la sala hay una miniatura. A un íntimo amigo mío que languidece en cierta

Me encogí de hombros, desesperado.

—No; infanticida, no. Suicida.

Luego nos echamos á reir y nos abrazamos.

JOSÉ FRANCÉS.

(Dibujo de Luisa Vidal.)

suma, el prototipo de una corte, y todo en ella responde á este carácter, que constituye su distintivo.

Cuenta Viena, como hemos dicho, con magníficos edificios públicos, y en un solo ramo de éstos presenta una colección de construcciones que pocas ó



Acción de gracias, cuadro de Bernardo de Hoog

capital manchega se lo he man laço diciéndole que es de mi hijo.

A veces Sagrario me dice que piensa llevar al niño al teatro y yo me apresuro á comprar localidades para los tres.

Algún día de viento y de frío, al salir de casa le pregunto:

—¿Y Luisín?

—Hoy no sale. Hace mucho frío y puede constiparse.

Y cuando pasamos por las tiendas de juguetes le compramos los más nuevos, y cierta mañana de Viernes Santo, en la romería de la Cara de Dios, Sagrario compró un globo y una pelota de goma y un remolino de papeles rojos y amarillos.

Pero...

Hay instantes en que tengo celos de mi hijo; celos de mí mismo. Creo que ella le quiere más que á mí. Las horas de ansiedad y de deseo de los primeros días ya han desaparecido casi por completo. La madre parece haber matado á la esposa.

¿Odiaré á Luisín? ¿Me odiaré á mí mismo?

IV

Hoy hemos reñido.

Fué por una cosa trivial que ya ni recuerdo. Pero Sagrario, toda llorosa y angustiada, empezó á besar el retrato de Luisín.

—¡Pobre hijo mío!

¡Qué desgraciado vas á ser! ¡Y tú que eres tan bueno..., tan bueno!.. ¡No te pareces á tu padre!

Loco, fuera de mí, le arranqué el retrato y lo rompí en pedazos. Hubo una pausa terrible, como después de un crimen. Sagrario, ronca, centelleantes las pupilas moras en la blancura del rostro, me insultó:

—¡Infanticida!

LOS PRINCIPALES TEATROS DE VIENA

La capital de Austria es indudablemente una de las más hermosas ciudades de Europa; su parte nueva, en particular, es grandiosa, con amplias y largas vías, anchas plazas y numerosos jardines y paseos, todo ello embellecido por construcciones de estilo elegante, suntuosos edificios públicos y artísticos monumentos.

Tiene además un atractivo especial que no todas las grandes capitales poseen, y es un sello de aristocracia que se nota, así en el aspecto externo de la urbe como en el modo de ser de su población; la animación que en ella reina no es ruidosa, y en todas sus clases sociales se advierten manifestaciones de

quizás ninguna otra capital posee; nos referimos á los teatros, entre los cuales merece citarse en primer lugar el de la Opera Imperial. Es este un edificio espléndido, de estilo renacimiento francés, y fué construído en 1861-1869 por van der Nüll y Siccardsborg y continuado, al morir éstos, por sus discípulos Storck y Guggitz. En su interior llaman la atención la escalera, con estatuas de las artes liberales, obra de Gasser; el vestíbulo, adornado con pinturas que representan escenas de óperas, pintadas por Schwind, y con bustos de compositores célebres, y la sala suntuosamente decorada.

El *Hofburgtheater* (Teatro del Palacio Imperial) es también un hermosísimo edificio de estilo renacimiento, cuya construcción data de 1876-1889 y se hizo según los planos de Semper y Hasenauer. En el exterior hay estatuas modeladas por Kundmann y Weyr; y en el interior se admiran pinturas de Matsch, Klimt, Karger, Charlemont, Russ é Hynais, y esculturas de Weyr y Tilgner.

El *Deutsches Volkstheater* (Teatro popular alemán), fué construído en 1887-1889 y es de estilo renacimiento italiano; los planos son de Fellner y Helmer, y tiene en la fachada un bello frontón de Vogt y en el interior varias esculturas de Friedl. Como en el *Hofburgtheater*, cultivase en éste el arte dramático.



Un terceto, cuadro de Juan Larwin. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Munich, 1909.)

buen tono que revelan gustos y aficiones señoriales.

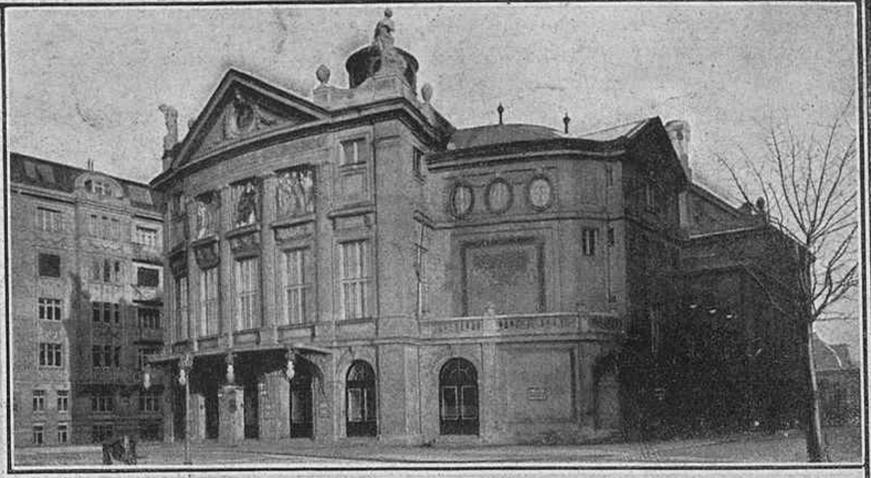
El pueblo vienés es de lo menos democrático que darse pueda, tomando el concepto de la democracia en el sentido en que suele tomarse generalmente, y hasta en las capas más modestas hay un espíritu de cultura, un sentimiento de respeto, que en otras urbes más famosas no encontramos. Viena es, en

Muy notables son asimismo, desde el punto de vista arquitectónico, según puede verse en la lámina de la página siguiente, el *Wiener Burgertheater* y el *Lustspieltheater*; y aun el Establecimiento Ronacher y *Raimundtheater*, con ser mucho menos importantes que los anteriores, no dejan de tener cierto aspecto monumental.—T.

LOS PRINCIPALES TEATROS DE VIENA



Teatro imperial de la Opera.



Wiener Burgertheater (Teatro de los ciudadanos de Viena.)



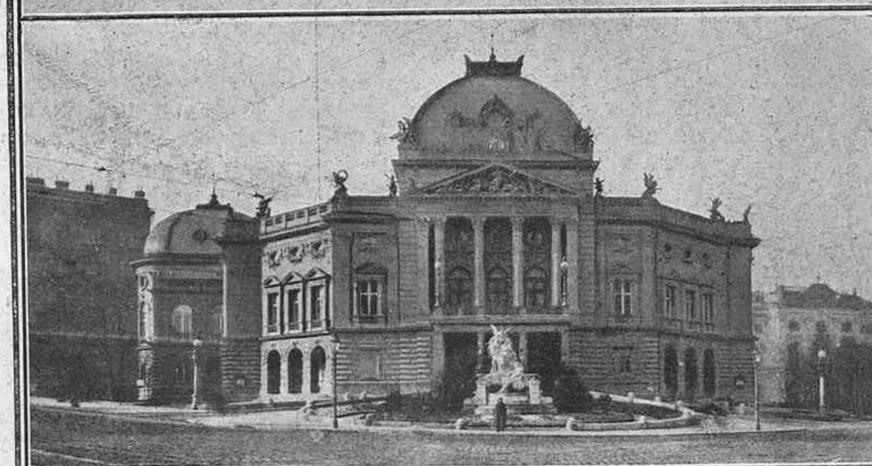
Hofburgtheater (Teatro del Palacio imperial.)



Establecimiento Ronacher, Variedades.



Raimundtheater (Teatro de Raimund.)



Deutsches Volkstheater (Teatro popular alemán.)



Lustspieltheater (Teatro de la Comedia.)

(De fotografías de Carlos Delius.)



El aviador León Delagrange, fallecido en el aeródromo de la Croix-d'Hins (cerca de Burdeos) á consecuencia de la caída de su monoplano mientras efectuaba la prueba de un motor de 50 caballos.

EL AVIADOR LEÓN DELAGRANGE

En el número último dimos la noticia de la muerte del aviador Delagrange, ocurrida á consecuencia de un desgraciado accidente en el aeródromo de la Croix-d'Hins, cerca de Burdeos, el día 4 de los corrientes. He aquí algunos pormenores sobre tan infausto suceso.

En la tarde de dicho día, después de haber almorzado alegremente con sus amigos en el restaurant del aeródromo, Delagrange dió orden á sus ayudantes de que preparasen el aparato para un ensayo que intentaba efectuar.

Después de una falsa salida, el monoplano, del sistema Bleriot, emprendió un vuelo admirable, moviéndose en el espacio con una facilidad y una gracia que entusiasmaron á los mil doscientos espectadores que presenciaban la prueba. Así dió dos vueltas al aeródromo, á una altura de treinta metros, cuando al comenzar la tercera, el ala derecha del aparato se dobló, aflojóse el ala izquierda y el monoplano, desamparado, cayó vertiginosamente, chocó con la techumbre de uno de los cobertizos y dió en tierra.

Los testigos de la horrible escena acudieron presurosos á socorrer al infortunado aviador, pero todos los auxilios fueron inútiles; el infeliz Delagrange estaba muerto. Su cuerpo presentaba múltiples fracturas en el muslo, en los brazos, en la clavícula, en las costillas, en la base del cráneo y en la columna vertebral.

Su cadáver fué de momento depositado en el cobertizo y de allí trasladado á Orleans, en donde el día 7 se efectuó su entierro. El fúnebre acto fué solemnísimamente, habiendo asistido á él numerosas representaciones oficiales de la ciudad, del gobierno y de los centros de aerostación de Francia.

La causa del accidente parece ser la demasiada potencia del motor, que era de 50 caballos, siendo así que el monoplano había sido construido para llevar uno de 20 ó 30 solamente. Delagrange, al emplearlo, se proponía batir el *record* de la velocidad; y efectivamente, en el meeting de Doncaster había

volado á razón de 86 kilómetros por hora, y últimamente en Juvisy había efectuado un vuelo de 200 kilómetros en 2 horas y 32 minutos. Esa velocidad acabó por asustar al mismo aviador, quien comprendía la desproporción existente entre la fuerza del motor y la resistencia del aparato, y temía que en un momento dado pudieran ceder los tirantes y las alas al choque del aire violentado. Por esto se había propuesto renunciar al motor de 50 caballos; pero antes

Alumno de la Escuela de Bellas Artes, en donde recibió las lecciones de Barrias y Vital Cornu, había obtenido una mención honorífica en el Salón de 1901 y una medalla en el de 1903, y producido varias obras verdaderamente notables, algunas de las cuales, como *Paje florentino*, *El templario* y *Amor y juventud*, fueron muy celebradas. En 1907 dejó la escultura por la navegación aérea, y después de un año de infructuosos ensayos, realizó vuelos de 200 á 600 metros, que entonces causaron sensación, ganó en 11 de abril de 1908 la copa Archdeacón, voló en Roma ante los reyes de Italia, ganó el premio Stern en la inauguración de Port Aviation y tomó parte con brillante éxito en el *meeting* de la Champagne, y en los de Copenhague, Spa y Doncaster, alcanzando valiosos premios. Al morir, tenía el *record* de la duración en monoplano por el vuelo efectuado en Juvisy, que hemos citado anteriormente.

EL EXPLORADOR ANTÁRTICO SHACKLETON

Mientras Peary y Cook se disputaban la gloria del descubrimiento del Polo Norte, contienda que pare-



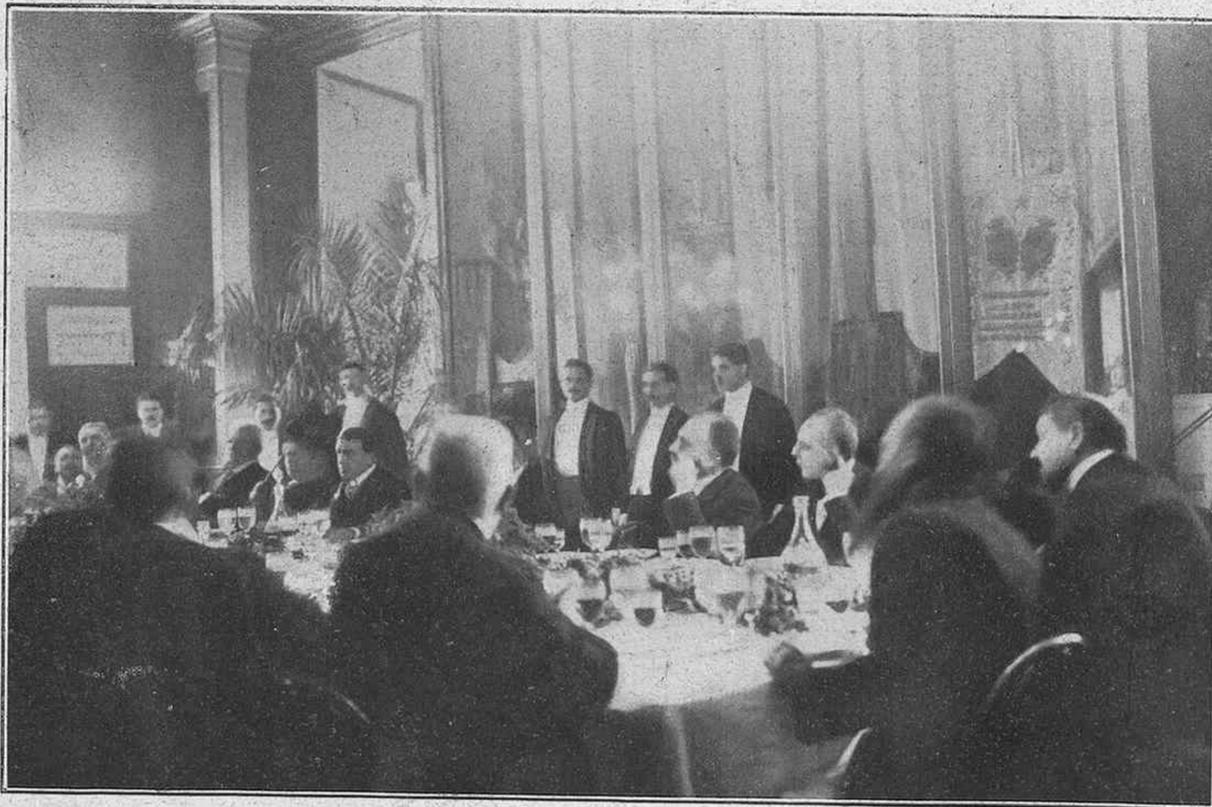
Los restos del monoplano de Delagrange después de la terrible caída que ocasionó la muerte del aviador. (De fotografías de Branger.)

ce definitivamente resuelta en contra del segundo, el atrevido explorador antártico Eduardo Shackleton, de cuyo viaje al Polo Sur dimos cuenta en el número 1.423 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, recorría triunfalmente las más importantes capitales del mundo, recibiendo en todas partes los entusiastas aplausos de ilustres personalidades, academias y corporaciones científicas. Primero en Inglaterra, después en Francia, últimamente en Italia y en la actualidad en Alemania, Shackleton ha dado brillantes conferencias, ha sido recibido solemnemente en las primeras academias y sido obsequiado con suntuosas fiestas por todas las sumidades de la ciencia.

En Roma, después de la conferencia pública sobre su viaje, á la que asistieron los soberanos y los ministros, se ha celebrado en honor suyo un espléndido banquete en el Capitolio.

El gobierno, el municipio, todas las entidades científicas y numerosos particulares concurrieron al homenaje tributado al eminente explorador.

En Berlín, sir Eduardo Shackleton ha sido también festejado con una magnífica comida y ha dado dos conferencias en la Sociedad de Geografía, habiendo asistido á la primera el emperador, la familia imperial y la corte, y á la segunda, entre otros, los generales Kessel y Bulow, y los ministros Dernbury y Sydow. En el banquete pronunciaron discursos encomiásticos el ministro Dernburg y el Sr. Susserot, organizador de la fiesta, y Shackleton brindó por el emperador de Alemania y por el rey de Inglaterra. S.



Roma.—Banquete celebrado el día 2 del corriente en el Capitolio en honor del explorador del Polo Antártico el capitán Shackleton. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

de dejarlo quiso aún efectuar la prueba de Juvisy, que hizo con tan brillante resultado, y últimamente la de la Croix d'Hins, en la que halló tan trágica muerte.

León Delagrange, nacido en Orleans en 13 de marzo de 1872, antes de dedicarse á la aviación había cultivado con gran éxito el arte escultórico.

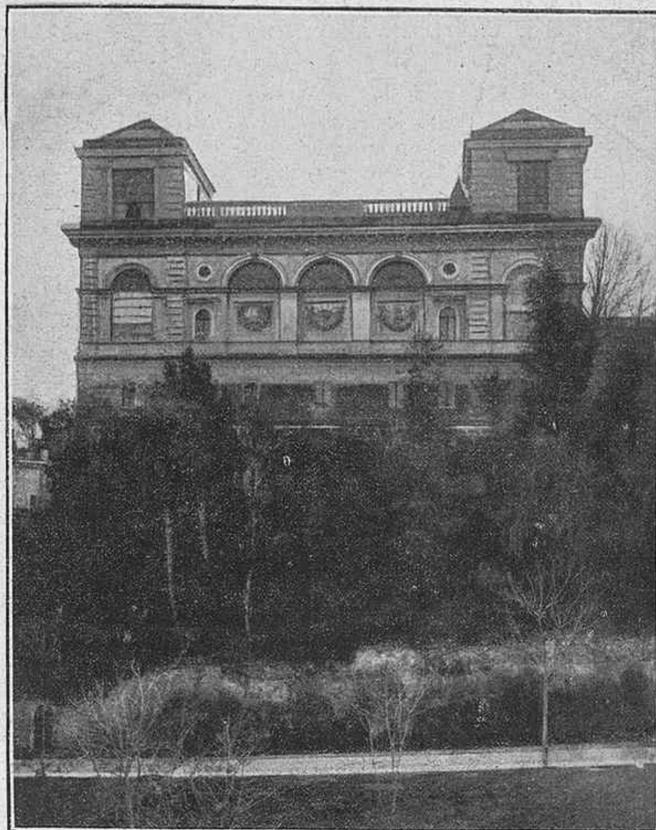
milia imperial y la corte, y á la segunda, entre otros, los generales Kessel y Bulow, y los ministros Dernbury y Sydow. En el banquete pronunciaron discursos encomiásticos el ministro Dernburg y el Sr. Susserot, organizador de la fiesta, y Shackleton brindó por el emperador de Alemania y por el rey de Inglaterra. S.

LA ACADEMIA ESPAÑOLA DE BELLAS ARTES DE ROMA

El alto concepto que mereció Roma, en los pasados siglos, como centro del arte, como preciado depósito de las obras de los grandes maestros, fué causa y motivo para que artistas de

Tusquets *Los campesinos romanos*, siguiendo á estos preclaros artistas otros no menos dignos de alabanza que en sucesivos períodos dieron señaladas muestras de su inteligencia y apor-

de San Pietro in Montoric, Abandonado este magnífico edificio al extinguirse la dinastía austriaca, considerábase prescrito el derecho de propiedad y hallábase dispuesto á enajenarlo el



Vista general de la Academia



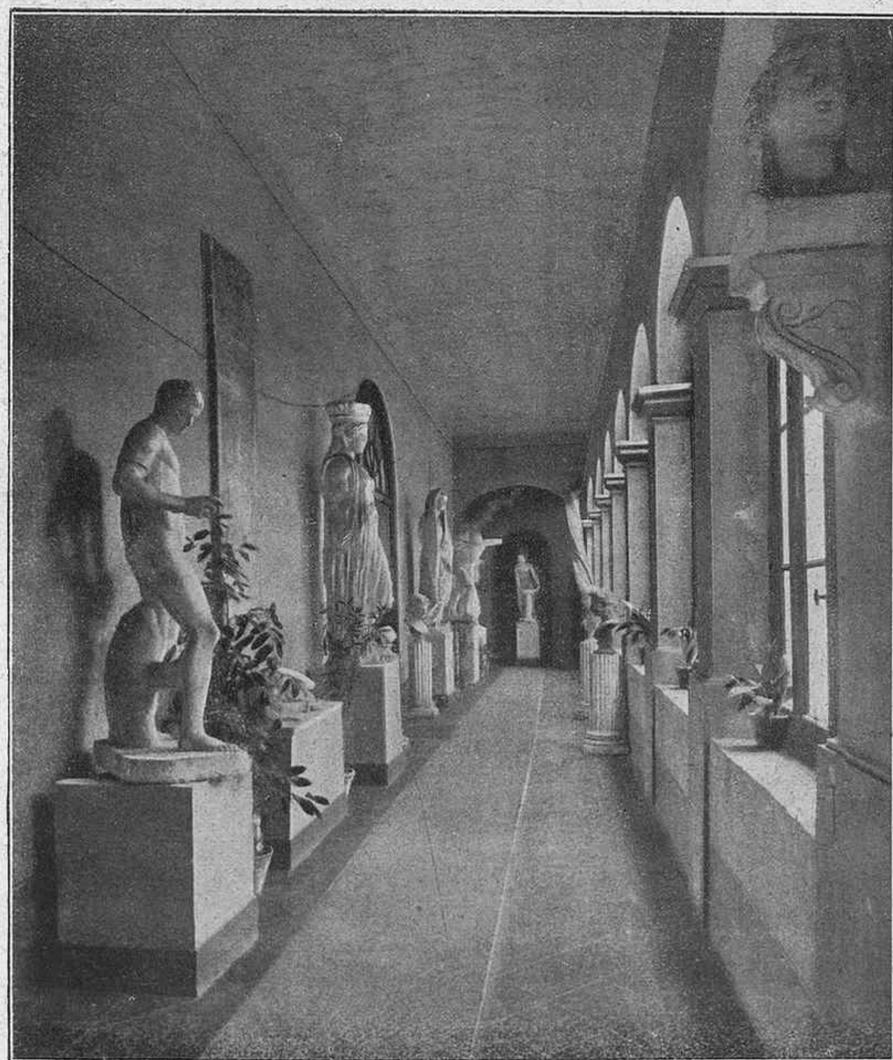
Patio de la Académia

tanta valía y fama cual Velázquez, Ribera y otros de reconocido mérito acudieran á estudiar las producciones más notables, completando por tal medio sus conocimientos. Esta creencia hallábase tan generalizada en nuestra patria desde los comienzos de la pasada centuria, que el Estado, los Municipios, Diputaciones y aun los particulares concedían pensiones á aquellos pintores ó escultores cuyas cualidades hacían con-

taron su patriótico esfuerzo en favor del renacimiento artístico español.

La creciente influencia de aquel centro, que tuvo el privilegio de atraer artistas tan notables, constituyendo agrupaciones á cuya cabeza figuraron ó formaron parte de ellas Fortuny, Casado del Alisal, los Madrazo, sugirió á un estadista insigne, al que se considera como gloria de la tribuna española,

gobierno italiano, cuando comenzaron las negociaciones diplomáticas. Tan eficaces y acertadas fueron éstas, que en 1879 encargóse al arquitecto D. Alejandro Herreró la restauración del convento, inaugurándose por fin la Academia el 24 de enero de 1881, viendo así coronada su empresa Castelar, que por haber ya fallecido Rosales no pudo concederle la dirección, como justa recompensa á sus merecimientos.



Una de las galerías de la Academia.—Director y actuales pensionados de la Academia; de izquierda á derecha: Sres. Labrada, Huertas, Capuz, Benlliure (director), Arenal, Anasagarti, Landezábal y Oroz

cebir la grata esperanza de que habían de alcanzar notoriedad. A esta circunstancia, á este apoyo, se debe sin duda que algunos pintores ilustres produjeran para el arte español obras de tal importancia como Eduardo Rosales *El testamento de Isabel la Católica*, Pradilla su celebrada *Rendición de Granada*, Alejo Vera *El entierro de San Lorenzo*, Lorenzo Valles *Doña Juana la loca* y *El Delfín en el Temp'le*, Ramón

á Emilio Castelar, el propósito de fundar en la Ciudad Eterna una Academia, patrocinada por España, en donde los artistas completaran sus estudios y pudieran con su esfuerzo cooperar al renacimiento artístico de nuestra patria. Inspirado por Rosales y acertadamente secundado por el conde de Coello, comenzaron en 1875 á practicarse las gestiones diplomáticas para recobrar la propiedad del suntuoso convento franciscano

Hoy, al reproducir en estas páginas algunas vistas del edificio de la Academia y el interesante grupo formado por el director y amigo querido D. José Benlliure, rodeado de los actuales pensionados, abrigamos la esperanza de que éstos han de seguir las huellas de los anteriores, cabiéndole la gloria á su maestro y director de haber contribuído á aumentar la lista de los artistas que honran el arte de nuestra patria. — A. G. LL.



ROSAS, copia del celebrado cuadro de M. Nonnenbruch. (Copyright by Franz Hanfstaengl.)

EUGENIO D' ALBERT

El autor de la partitura de *Terra bassa*, la ópera en un prólogo y dos actos que tomada del magnífico drama de Angel Guimerá, se estrenará próximamente en nuestra Gran Teatro del Liceo, es de nacionalidad alemana, aunque nació en Glasgow (Inglaterra), en 10 de abril de 1864. Hijo de compositor, fué alumno libre de la «National Training School» de Londres y después del maestro alemán Ernesto Pauer, residente en la capital de Inglaterra.

A la edad de quince años había compuesto varias obras musicales, entre ellas tres óperas. En aquel entonces conoció el famoso *capellmeister* wagneriano Hans Richter quien, comprendiendo el partido que podía sacarse de las altas dotes musicales del joven d'Albert, llevólo consigo á Viena, en



El eminente compositor Eugenio d'Albert, autor de la ópera *Terra bassa*

Ultimamente ha dado á la escena *Tragaldabas*, que ha sido acogido con menos aplauso que *Tiefland*.

Además de compositor eminente, es d'Albert notabilísimo pianista, y como tal, pertenece al grupo, no de los virtuosos que sólo se preocupan de la perfección del mecanismo, sino al de los que atienden ante todo á interpretar las ideas del autor, á traducirlas con toda la intensidad y expresión posibles. Respecto de estas dos escuelas, él mismo ha dicho: «Yo creo que para el estilo de ejecución, lo mismo que para la pedagogía, no hay principios ni reglas que sirvan. Cada carácter, cada individualidad tiene su constitución distinta, y donde falte el *fuego sagrado* no habrá maestro que lo substituya. El verdadero talento siempre sabrá abrirse paso. No vale la pena de formar pianistas que no han de ser más que meros ejecutantes; para esto tenemos ya un invento precioso: la pianola.»

D'Albert es un intérprete admirable de Beethoven, de Bach y de los grandes clásicos del piano, y como concertista ha desafiado siempre las composiciones triviales en el fondo, aunque por su forma se presten á gran lucimiento.

Entre las muchas obras para piano que tiene escritas sobresalen una *Suite* en re menor, una *Sonata* y dos *Conciertos*; además ha compuesto un *Concierto* para violoncelo, dos *Cuartetos* para instrumentos de cuerda, una *Obertura* á gran orquesta para el drama de Grillparzer *Esther*; *El hombre y la vida*, composición coral á seis voces con orquesta; *La sirena*, para soprano y orquesta, composiciones en todas las cuales se revela como músico de gran inspiración y brillante forma, conocedor profundo de la armonía y del ritmo y con absoluto dominio de la técnica.

LA MISERIA EN NUEVA YORK

La inmensa metrópoli norteamericana, como todas las grandes capitales del mundo, ofrece los mayores contrastes en punto á la condición de sus habitantes. Allí hay, en efecto, las más colosales fortunas al lado de las mayores pobrezas; la riqueza más fastuosa junto á la miseria más extremada.

Pero también allí la beneficencia pública y la caridad privada acuden pródigamente en auxilio de los desheredados, y si de una parte abundan los asilos de todas clases en donde hallan aquéllos amparo, de otra la iniciativa particular busca cada día nuevos medios de aliviar la suerte triste de los que carecen hasta de lo más indispensable.

Ejemplo de esto último es la escena que reproduce el adjunto grabado. Una famosa pastelería neoyorkina distribuye durante estas crudas noches de invierno pan y café caliente á todas las personas sin trabajo y sin abrigo que se presentan en demanda de esta limosna, y ocioso es decir, y ello lo comprueba la fotografía que publicamos, que son en gran número los infelices socorridos en esta forma por el filantrópico industrial.

MISTRESS RUSSEL SAGE

En la América del Norte hay doce viudas que pueden hacer la felicidad material de otros tantos viudos ó solteros, pagar sus deudas presentes y futuras y proporcionarles los medios de vivir con un lujo oriental. Cada una de ellas tiene por lo menos 368 millones de dólares, es decir, una fortuna capaz de dar vértigos á la cabeza más fuerte. Un matemático de esos que á falta de más útiles ocupaciones se entretienen en hacer cálculos sobre supuestos imaginarios, ha calculado que las

las de Noruega, Holanda, Grecia, Rumanía, Canadá y otros Estados semejantes. Su riqueza les permitiría comprar todas las fábricas de los Estados Unidos, levantar palacios de la paz en todo el mundo ó mantener los ejércitos de dos grandes po-



La multimillonaria americana mistress Russel Sage. (De fotografía de Argus Photo-Reportage.)

tencias durante una guerra larguísima, ó comprar tal número de joyas, que si Aladino, el príncipe de las *Mil y una noches*, existiese, del mismo Aladino serían envidia.

Pero las doce viudas susodichas no cometen ni piensan cometer tales locuras. La más rica de ellas es mistress Russel Sage; su marido era tan excesivamente avaro; que hacía las delicias de los caricaturistas de Nueva York, ya que con sus extrañezas les daba temas abundantes para sus dibujos. Ahora la viuda se consagra á obras de caridad, mostrándose en ellas tan pródiga como sórdido se había mostrado su difunto esposo en su afán de acumular riquezas.

En cambio su colega mistress Henry Green es económica en grado extremo; no gasta más que lo estrictamente necesario.

Otra multimillonaria, mistress Vanderbilt, es muy dada al lujo y por ende derrochadora.

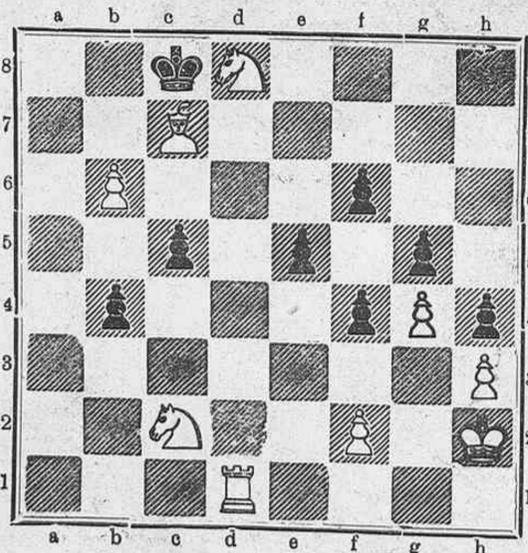
La perla de la colección, sin embargo, es la señora Harri-man, que se dedica á los negocios, influye decisivamente con sus operaciones en el alza y en la baja de los valores de quince compañías ferroviarias y es víctima de todos los yanquis locos ó excesivamente imaginativos que le proponen las más extravagantes empresas ó solicitan su auxilio para los inventos más absurdos.

Et sic de ceteris.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 536, POR V. MARÍN

NEGRAS (8 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 535, POR V. MARÍN

- Blancas. 1. Dc8-e6
- Negras. 1. Cualquiera.
- 2. A, C ó D mate.



La miseria en Nueva York.— Distribución gratuita de pan y café calientes á gentes sin trabajo y sin abrigo. (De fotografía de Argus Photo-Reportage.)

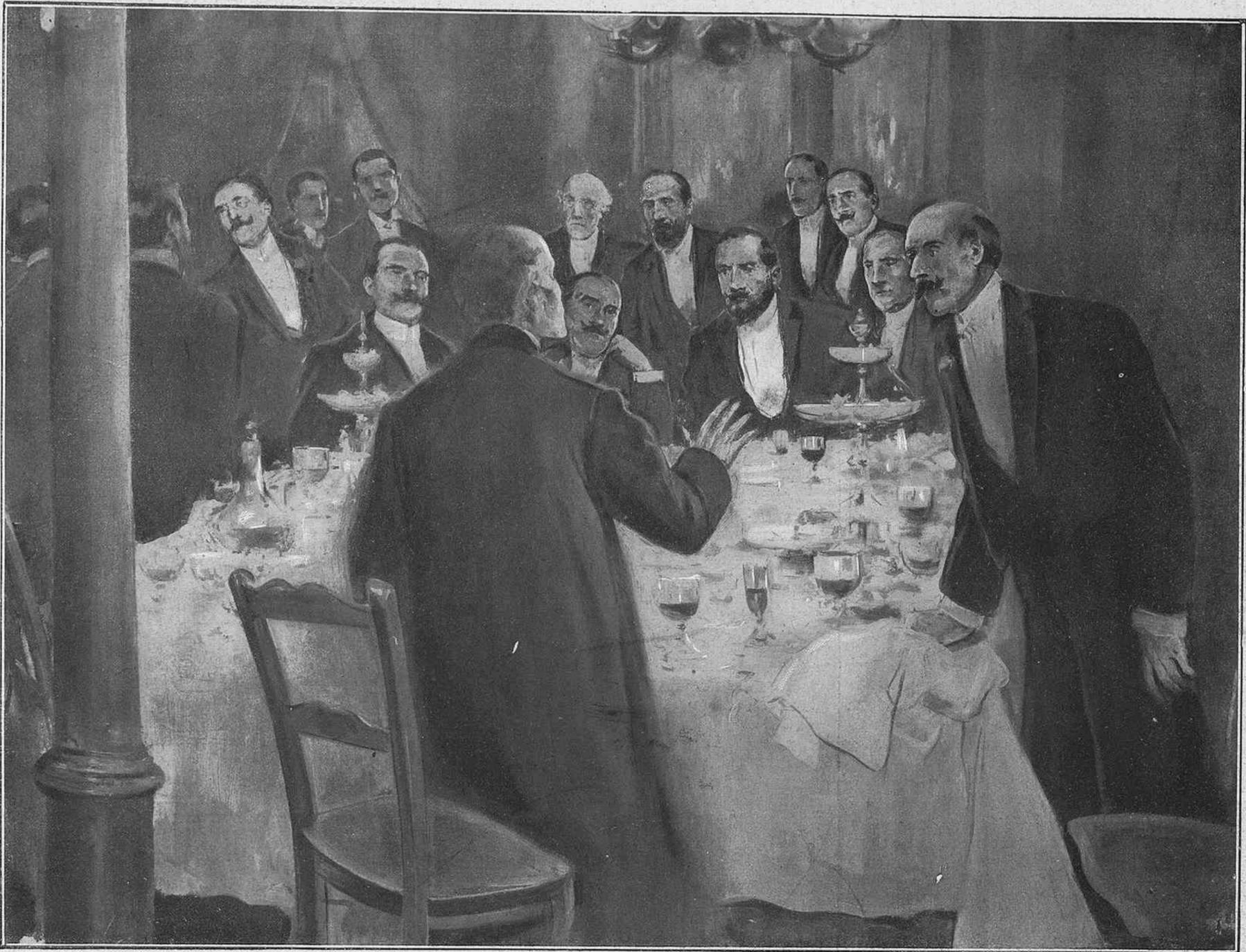
Rodolfo Lothar y que se estrenó en 1903 en el Nuevo Teatro Alemán de Praga, con éxito extraordinario y que desde entonces ha recorrido triunfalmente los principales coliseos líricos alemanes; sólo en Berlín se han dado de ella más de doscientas representaciones.

doce señoras en cuestión podrían, si reuniesen sus capitales, comprar toda la ciudad de Chicago y aún les quedarían unos 32 millonitos. Y si no les diese por comprar ciudades, podrían pagar las deudas públicas de Suiza, Nicaragua, Chile, Siam, Colombia, Cuba, Persia, Perú y Venezuela, y los intereses de

Si en e nica duda al co ciert tus e Buq vez o ma, to de co ó Du dos e impo cuan mista y una otros drian su gu ment de Jo za, y íbase se ar este n un fa mejor perad no pu las ba

EL FANTASMA DE «LA ÓPERA»

NOVELA ESCRITA POR GASTON LEROUX.—ILUSTRADA POR ARCADIO MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN)



Los dos ex directores se levantaron en seguida y miraron fijamente á su interlocutor. (Véase la página 37.)

Sin embargo, muy contentos de dejar un dominio en el que reinaba como dueña aquella sombra tiránica y quedar así desembarazados de ella, habían dudado hasta el último momento si debían ponernos al corriente de tan curiosa aventura, para la cual, ciertamente, no estaban preparados nuestros espíritus escépticos; pero el anuncio de la muerte de José Buquet los había recordado brutalmente que cada vez que no habían obedecido las órdenes del fantasma, los había hecho volver muy pronto al sentimiento de su dependencia algún acontecimiento fantástico ó funesto.

Durante estos discursos inesperados y pronunciados en el tono de la confidencia más secreta y más importante, estaba yo mirando á Richard. Richard, cuando era estudiante, tenía la reputación de bromista, es decir, que no ignoraba ninguna de las mil y una maneras que hay de burlarse los unos de los otros, y los porteros del *bulevar* San Michel lo podrían decir muy bien. Así es que parecía saborear á su gusto el plato que se le servía, aunque el condimento fuese un poco fúnebre á causa de la muerte de José Buquet. Richard movía la cabeza con tristeza, y su aspecto, á medida que los otros hablaban, íbase haciendo lastimoso como el de un hombre que se arrepintiese amargamente de haberse metido en este negocio de la Opera ahora que sabía que había un fantasma dentro de ella. Yo no podía hacer nada mejor que copiar servilmente aquella actitud desesperada. Sin embargo, á pesar de nuestros esfuerzos, no pudimos menos, al fin, de soltar la carcajada en las barbas de Debiegne y Poligny, los cuales, vién-

donos pasar sin transición del estado de ánimo más sombrío á la alegría más insolente, creyeron que estábamos locos.

Como la broma iba prolongándose demasiado, Richard preguntó medio en serio medio en guasa: —Pero, en fin, ¿qué es lo que quiere ese fantasma?

Poligny se dirigió á su despacho y volvió con una copia del pliego de condiciones.

El pliego de condiciones empieza con estas palabras: «La dirección de la Opera estará obligada á dar á las representaciones de la Academia nacional de música el esplendor que conviene á la primera escena lírica francesa,» y termina por el artículo 98 así concebido:

«El presente privilegio podrá ser retirado:

»1.º Si el director contraviene á las disposiciones estipuladas en el pliego de condiciones, especialmente en los artículos 1, 9 y 49. En el caso, sin embargo, en que el ministro no juzgase que debe decretar la destitución del director, podrá imponerle multas de mil á veinticinco mil francos, según la gravedad de las infracciones cometidas. Estas multas serán deducidas de la subvención mensual no vencida ó de la fianza, que, en este caso, deberá ser completada dentro de las veinticuatro horas.

»2.º Si el teatro permanece cerrado sin autorización tres días de representación obligatoria.

»3.º Si la sala se incendiase.

»4.º Si el director es notoriamente insolvente ó se encuentra en un estado de malos negocios, hechos constar por la falta de pago á los artistas, empleados ó agentes, ó por demandas activas ó judiciales que

puedan dificultar la libertad completa de la gestión.

»Si al fin de la explotación el director no ha dado el número de actos impuesto por el pliego de condiciones, el ministro podrá imponerle una multa proporcionada á los gastos de poner en escena cada uno de esos actos.»

Esta copia, dice el Sr. Moncharmin, estaba escrita con tinta negra y enteramente conforme con la que nosotros poseíamos.

Sin embargo, vimos que el pliego de condiciones que nos sometía Poligny llevaba al fin un quinto párrafo, escrito con tinta roja y de letra rara y llena de irregularidades, como la de un niño que no ha dejado de hacer palotes y no sabe unir las letras unas con otras. Y ese quinto párrafo que alargaba tan extrañamente el artículo 98—enunciación de las causas por las cuales puede ser retirado el privilegio—decía textualmente:

«5.º Si el director retarda más de quince días la mensualidad que debe al fantasma de la Opera, mensualidad fijada hasta nueva orden en 20.000 francos—240.000 francos anuales.»

Con un dedo vacilante, Poligny nos enseñaba esta cláusula suprema que nosotros no esperábamos ciertamente.

—¿Nada más? ¿El fantasma no quiere otra cosa?, preguntó Richard con la mayor tranquilidad.

—Sí, respondió Poligny

Volvió á hojear el pliego de condiciones y leyó: «Art. 63.—El gran palco proscenio de la derecha será reservado en todas las representaciones para el jefe del Estado,

»El palco número 20, el lunes, y el 30, los miércoles y viernes, serán puestos á la disposición del ministro.

»El palco número 27 será reservado todos los días para uno de los prefectos de policía y del Sena.

»El palco número 12 será puesto en todas las representaciones á la disposición del director del Conservatorio de música y declamación para los alumnos de ese establecimiento.»

Y de nuevo, al fin de ese artículo, Poligny nos enseñó unas líneas con tinta roja que habían sido añadidas.

«El palco número 5 será puesto en todas las representaciones á la disposición del fantasma de la Opera.»

Ante este último rasgo, no pudimos menos de levantarnos y estrechar calurosamente las manos de nuestros predecesores felicitándoles por haber imaginado aquella encantadora broma, que probaba que la antigua alegría francesa no perdía jamás sus derechos. Richard hasta creyó que debía añadir que comprendía por qué Debiegne y Poligny dejaban la dirección de la Opera. No eran posibles los negocios con un fantasma tan exigente.

—Evidentemente, respondió sin pestañear Poligny; 240.000 francos no se encuentran en medio del arroyo. ¿Y han contado ustedes lo que puede costarnos el no vender el palco número 5 reservado al fantasma en todas las representaciones? Sin contar que nos hemos visto obligados á reembolsar el abono. Es horrible. Verdaderamente, nosotros no trabajamos para mantener fantasmas... Preferimos marcharnos.

—Sí, repitió Debiegne, preferimos marcharnos. ¡Vámonos!

Y se levantó.

Richard dijo:

—Pero, en fin, me parece que han sido ustedes demasiado buenos con el fantasma; si yo tuviera un fantasma tan molesto, no vacilaría para hacerle prender...

—Pero ¿dónde? ¿Cómo?, respondieron ambos á dúo. ¡No le hemos visto nunca!

—Cuando va á su palco...

—No le hemos visto nunca en su palco.

—Entonces, haberle vendido.

—¡Vender el palco del fantasma de la Opera! Pues bien, señores, prueben ustedes...

Dicho esto, salimos los cuatro del despacho de la dirección.

Richard y yo no habíamos nunca reído tanto.

IV

EL PALCO NÚMERO CINCO

Moncharmin ha escrito tan prolijas memorias que, en lo que concierne al período bastante largo de su codirección, puede uno preguntarse si tuvo nunca tiempo para ocuparse de la Opera más que contando lo que pasaba en ella. Moncharmin no conocía una nota de música, pero tuteaba al ministro de Instrucción pública, había sido periodista y gozaba de bastante buena fortuna. En fin, era una excelente persona que no carecía de inteligencia, puesto que, decidido á dirigir la Opera, había sabido elegir el que debía ser un útil director, y se había ido en derechura á Fermín Richard.

Fermín Richard era un músico distinguido y un hombre galante. He aquí el retrato que traza de él, en el momento de tomar posesión, la *Revista de Teatros*: «El Sr. Richard es un hombre de cincuenta años próximamente, de alta estatura y gran robustez sin obesidad. Tiene buena apostura y distinción, buen color, recios cabellos cortados muy cortos y una fisonomía un poco triste, templada en seguida por una mirada franca y recta, unida á una amable sonrisa.»

»El Sr. Richard es un músico muy distinguido, armonista hábil, sabio contrapuntista y cuya característica de composición es la grandeza. Ha publicado música *di cámara* muy apreciada de los aficionados, música para piano, sonatas ó piezas sueltas llenas de originalidad y una colección de melodías. En fin, *La muerte de Hércules*, ejecutada en los conciertos del Conservatorio, respira un aliento épico que hace pensar en Gluck, uno de los maestros venerados por Richard. Sin embargo, si adora á Gluck, no ama menos á Piccini; el Sr. Richard toma sus placeres donde los encuentra. Lleno de admiración por Piccini, se inclina ante Meyerbeer, se deleita con Cimarosa y nadie aprecia mejor que él la inimitable gracia de Weber. En fin, en lo que se refiere á Wagner, el Sr. Richard no está lejos de afirmar que él ha sido el primero en Francia, y acaso el único, que le ha comprendido.»

Termino aquí mi cita, de la que parece resultar

que si á Richard le gustaban todos los músicos, él debía gustar á todos ellos. Digamos, para terminar este rápido retrato, que el Sr. Richard era lo que se ha convenido en llamar un autoritario, es decir, que tenía mal carácter.

Los primeros días que los dos socios pasaron en la Opera estuvieron enteramente dedicados á la alegría de sentirse dueños de una tan vasta y hermosa empresa, y habían ciertamente olvidado la extraordinaria historia del fantasma, cuando se produjo un incidente que les probó que si había broma, esta broma no estaba terminada.

Richard llegó aquella mañana á las once á su despacho, y su secretario, Sr. Remy, le enseñó media docena de cartas que él no había abierto porque llevaban la nota de «Personales.» Una de esas cartas llamó en seguida la atención de Richard, no sólo porque el sobre estaba escrito con tinta roja, sino también porque le pareció haber visto aquella letra en otra parte. No lo pensó mucho tiempo; era la letra roja con que se había completado tan extrañamente el pliego de condiciones. Richard conoció aquel aspecto infantil de palotes. La abrió y leyó:

«Querido director: Dispéñeme usted que venga á molestarle en estos momentos tan preciosos en que está usted decidiendo la suerte de los mejores artistas de la Opera, renovando antiguos ajustes ó haciendo otros nuevos, todo con una seguridad de golpe de vista, con un conocimiento del teatro y una ciencia del público y de sus gustos, que ha estado á punto de admirar á mi antigua experiencia. Estoy al corriente de lo que acaba usted de hacer con la Carlota, la Sorelli y la pequeña James y con otras cuyas cualidades, cuyo genio ó cuyo talento ha adivinado. (Ya sabe usted de quién hablo cuando escribo estas palabras; no es evidentemente de la Carlota, que canta como una jeringa y que no hubiera debido dejar los Embajadores ni el café Jacquin; ni de la Sorelli, que tiene éxito sobre todo en los almocenes de coches; ni por la pequeña James, que danza como un ternero en una pradera. No es tampoco por Cristina Daé, cuyo genio es cierto, pero á la que usted deja cuidadosamente aparte de toda creación importante.) En fin, usted es libre de administrar su negocio como le parezca bien, ¿no es verdad? Con todo, desearía aprovechar la circunstancia de que no ha puesto usted aún en la puerta á la Daé, para oírle esta noche en la parte de Siebel, puesto que le está prohibida la de Margarita desde su triunfo del otro día, y rogaré á usted que no disponga de mi palco, ni hoy ni los días siguientes; pues no terminaré esta carta sin confesar á usted lo desagradablemente sorprendido que me quedé al llegar á la Opera y encontrarme con que mi palco había sido vendido, en contaduría, por orden de usted.»

»No protesté, primero porque soy enemigo del escándalo, y después porque creía que sus predecesores Debiegne y Poligny, que siempre han sido muy amables conmigo, se habían olvidado de hablar á usted, antes de marcharse, de mis pequeñas manías. Ahora bien, acabo de recibir la respuesta de esos señores á mi carta pidiéndoles explicaciones, y esta respuesta me prueba que está usted al corriente de mi pliego de condiciones, y por consecuencia, que se burla usted inicualemente de mí. Si quiere usted que vivamos en paz, no debe empezar por quitarme mi palco. Prescindiendo de estas pequeñas observaciones, sírvase usted considerarme, querido director, como su humilde y obediente servidor.

Firmado: «F. de la Opera.»

Esta carta estaba acompañada de un recorte de la cuarta plana de la *Revista Teatral*, en el que se leía esto: «F. de la O.: R. y M. no tienen excusa. Los hemos prevenido y hemos dejado en sus manos su pliego de condiciones. Saludos.»

Apenas Richard había terminado esta lectura, cuando se abrió la puerta de su despacho y entró Moncharmin con una carta en la mano absolutamente igual á la que había recibido su colega. Ambos se miraron y se echaron á reír.

—La broma continúa, dijo Richard, pero no le encuentro la gracia.

—¿Qué significa esto?, preguntó Moncharmin. ¿Piensan esos señores que, porque han sido directores de la Opera, vamos á darles un palco á perpetuidad?

Porque para el primero como para el segundo, no cabía duda de que la doble misiva era el fruto de la colaboración guasona de sus predecesores.

—No estoy de humor, sin embargo, de consentir que se burlen de mí mucho tiempo, declaró Richard.

—¡Es inofensivo!, observó Moncharmin. En realidad, ¿qué es lo que quieren? ¿Un palco para esta noche?

Richard dió orden á su secretario de enviar el

palco número 5, si no estaba vendido, á los señores Debiegne y Poligny.

No lo estaba y les fué expedido inmediatamente. Debiegne y Poligny habitaban, el primero en la esquina de la calle de Scribe y del *bulevar* des Capucines, y el segundo en la calle Auber. Las dos cartas del fantasma de la Opera habían sido echadas en el buzón del *bulevar* des Capucines. Moncharmin lo echó de ver examinando los sobres.

—¿Lo estás viendo?, dijo Richard.

Se encogieron de hombros y lamentaron que dos personas de aquella edad se divirtiesen aún con tan inocentes juegos.

—Bien mirado, hubieran podido ser mejor educados, hizo observar Moncharmin. ¿Has visto cómo nos tratan á propósito de la Carlota, de la Sorelli y de la pequeña James?

—¿Qué quieres? Esa gente está enferma de envidia... Cuando pienso que han llegado hasta pagar un anuncio en la *Revista Teatral*... ¿No tendrán otra cosa que hacer?

—Y á propósito, dijo aún Moncharmin, parece que se interesan mucho por la Daé... ¿De cuál de los dos era amiga?

—Sabes tan bien como yo que tiene la reputación de ser honrada, respondió Richard.

—¡Se roba tan á menudo la reputación!, replicó Moncharmin. ¿No tengo yo la de ser entendido en música é ignoro la diferencia que hay entre la clave de sol y la de fa?

—No has tenido nunca tal reputación, respondió Richard; tranquilízate.

Dicho esto, Richard dió orden al ujier de hacer entrar á los artistas, que hacía dos horas estaban paseándose por el gran pasillo de la administración, esperando que se abriese aquella puerta detrás de la cual les esperaban la gloria y el dinero... ó la cesantía.

Todo aquel día se pasó en discusiones, negociaciones y firmas ó rompimientos de contrato; así es que no hay para qué decir que aquella noche, la noche del 25 de enero, nuestros dos directores, cansados de un duro día de cóleras, de intrigas, de recomendaciones, de amenazas y de protestas de amor y de odio, se acostasen temprano, sin tener siquiera la curiosidad de ir á echar una mirada al palco número 5, para saber si Debiegne y Poligny encontraban á su gusto el espectáculo. La Opera no había holgazaneado desde la salida de los antiguos directores, y Richard había hecho proceder á los trabajos necesarios sin interrumpir las representaciones.

Al día siguiente por la mañana, Richard y Moncharmin encontraron en su correspondencia, por una parte, una carta de gracias del fantasma, así concebida:

«Querido director: Gracias. Noche encantadora. La Daé magnífica. La Carlota, soberbio y vulgar instrumento. Cuiden ustedes los coros. Escribiré á ustedes pronto para los 240 000 francos—exactamente 233 424 francos y 70 céntimos,—porque los señores Debiegne y Poligny me han enviado los 6 575'30 de los diez primeros días de mi pensión de este año, puesto que su privilegio terminó el 10 por la noche.»

»Su servidor F. de la O.»

Y por otra parte, una carta de Debiegne y Poligny:

«Muy señores nuestros: Damos á ustedes las gracias por su amable atención; pero ustedes comprenderán fácilmente que la perspectiva de volver á oír *Fausto*, por muy dulce que sea para unos antiguos directores de la Opera, no puede hacernos olvidar que no tenemos ningún derecho á ocupar el palco número 5, que pertenece exclusivamente á aquel de que hemos tenido ocasión de hablar á ustedes leyendo juntos, por última vez, el pliego de condiciones, último párrafo del artículo 63.»

»De ustedes atentos, etc.»

—¡Hombre, empieza á fastidiarme esta gente!, declaró violentamente Richard arrancando la carta de Debiegne y Poligny.

—Sí, esto se va volviendo una «lata,» afirmó Moncharmin guardando preciosamente en la cartera la carta del fantasma.

—¿Guardas eso?, preguntó Richard.

—Por curiosidad, respondió Moncharmin.

Aquella noche fué vendido el palco número 5.

Al día siguiente, al llegar á su despacho, Richard y Moncharmin encontraron un informe de un inspector acerca de los acontecimientos que habían ocurrido el día antes en el palco número 5. He aquí el pasaje esencial del informe, que era breve:

«Me he visto en la necesidad, escribía el inspector, de llamar esta noche—el inspector escribía la víspera por la noche—á un guardia municipal para hacer evacuar por dos veces, al empezar y en la mitad del segundo acto, el palco número 5. Los ocu-

pantes, que habían llegado en el comienzo del segundo acto, estaban causando un verdadero escándalo con sus risas y sus reflexiones intempestivas. Por todas partes á su alrededor se gritaba: «¡Silencio!» y la sala entera empezaba á protestar, cuando la acomodadora vino á buscarme; entré en el palco é hice oír las observaciones necesarias. Aquella gente no parecía estar en su juicio y me respondieron con palabras estúpidas. Les advertí que si se renovaba semejante escándalo, me vería forzado á hacerles evacuar el palco. No había aún salido cuando oí nuevas risas y nuevas protestas de la sala. Volví con un guardia municipal y los hice salir. Ellos protestaron, sin dejar de reír, y dijeron que no se irían si no se les devolvía su dinero. Por fin se calmaron y los dejé entrar de nuevo en el palco. Pero volvieron á empezar las risotadas, y esta vez los hice expulsar definitivamente. Antes de dejar el teatro dieron sus nombres. Entre ellos había un periodista.»

—¡Adiós, ya empiezan las dificultades!, exclamó Richard.

«Que ha dicho que haría un artículo.»

—¡Pardiez!, exclamó Moncharmin.

«Ese periodista se llama Máximo Defrance.»

—No le conozco, declararon en coro Moncharmin y Richard tranquilizados.

«Los otros cuatro son: el señor y la señora Darklay y su hija, calle de la Paix.»

—¡Los Darklay! Pero los Darklay son incapaces de portarse de ese modo, dijo Moncharmin. Los conozco y son gente muy correcta. ¿Qué quiere decir esto?..

«Y el Sr. Malpertuis.»

—¡Malpertuis!, exclamaron los dos directores; con tal de que no sea el Malpertuis de Bellas Artes... No, no, hubiera pedido una butaca ó un palco. Malpertuis no paga jamás su billete en ninguna parte... ¿Y si estaba invitado por los Darklay? ¡Diablo!

«El Sr. Malpertuis ha dicho que se quejaría á los señores directores.»

—¡Que venga el inspector!, gritó Richard á su secretario, que había leído el primero aquel informe y le había anotado con lápiz azul.

El secretario, Sr. Remy—veinticuatro años, fino bigote, distinguido, vestido elegantemente (en aquel tiempo levita obligatoria durante el día), inteligente y tímido con el director, 2.400 francos de sueldo anual, pagado por el director,—compulsaba los periódicos, responde á las cartas, distribuye palcos y billetes de favor, concierta citas, habla con los que hacen antesala, busca reemplazantes, corresponde con los jefes de servicio y es, ante todo, el cerrojo del despacho de la dirección, acaso sin compensación alguna y pudiendo ser echado á la calle cualquier día, pues no es reconocido por la administración. El secretario, pues, que había ya hecho llamar al inspector, da orden de hacerle entrar.

El inspector entra un poco alarmado.

—Cuéntenos usted lo que ha sucedido, dice bruscamente Richard.

El inspector se embrolla en seguida y hace alusión al informe.

—Pero, en fin, ¿por qué se reía esa gente?, preguntó Moncharmin.

—Señor director, parecía que habían comido bien y estaban más dispuestos á bromear que á oír buena música. Ya, al llegar, no bien habían entrado en el palco, llamaron á la acomodadora y le dijeron: «Mire usted el palco; no hay nadie, ¿verdad?..—No, respondió la acomodadora.—Pues bien, afirmaron, cuando hemos entrado hemos oído una voz que decía que había alguien.»

Moncharmin no pudo mirar á Richard sin sonreír, pero Richard no se reía. Había trabajado mucho en el género para no reconocer en el relato que le hacía, lo más cándidamente del mundo, el inspector, todas las señales de una de esas bromas pesadas que empiezan por divertir á los que son víctimas de ellas, pero acababan por hacerles rabiar.

El inspector, para hacer la corte á Moncharmin, creyó que debía sonreír también. ¡Desgraciada sonrisa! La mirada de Richard le hirió como un rayo y le hizo mostrar en seguida una cara horriblemente consternada.

—En fin, cuando llegaron esas personas, ¿no había nadie en el palco?, preguntó gruñendo el terrible Richard.

—Nadie, señor director, nadie. Ni en el palco de la derecha ni en el de la izquierda; nadie, lo juro. ¡Pondría las manos en el fuego! La acomodadora me lo ha repetido, lo que prueba que todo esto no es más que una broma.

—¡Ah! Usted conviene en ello, dijo Richard, usted conviene en ello... ¡Es una broma! ¿Y usted la encuentra chistosa, sin duda?

—Señor director, la encuentro de muy mal gusto.

—¿Y qué dice la acomodadora?

—¡Bah! Para ella es muy sencillo; dice que es el fantasma. ¡Y en ese caso!..

Y el inspector tomó una expresión de sarcasmo. Pero otra vez comprendió que había hecho mal, pues apenas había pronunciado esas palabras: «Dice que es el fantasma,» cuando la cara de Richard, de sombria que estaba se volvió feroz.

—¡Que vayan á buscar á la acomodadora!, rugió. ¡En seguida! ¡En seguida! ¡Que me la traigan! ¡Y que se ponga á toda esa gente en la puerta!

El inspector quiso protestar, pero el director le cerró la boca con un terrible «¡Cállese usted!» Después, cuando los labios del infeliz subordinado parecieron cerrados para siempre, el director ordenó que se abriesen de nuevo.

—¿Qué es eso del fantasma de la Opera?, se decidió á preguntar dando un gruñido.

Pero el inspector estaba ya incapaz de decir palabra é hizo entender por una mímica desesperada que no sabía nada ó más bien que no quería saberlo.

—¿Usted le ha visto al fantasma de la Opera?

Con un gesto enérgico de la cabeza el inspector negó haberle visto jamás.

—¡Tanto peor!, declaró fríamente Richard.

El inspector abrió unos ojos enormes, que se le salían de las órbitas, para preguntar por qué el director había pronunciado aquel siniestro «¡tanto peor!»

—Porque voy á echar á la calle á todos los que no le han visto, explicó el director. Puesto que está en todas partes, no es admisible que no se le vea en ninguna. ¡Quiero que todo el mundo cumpla con su deber!

V

EL PALCO NÚMERO CINCO (CONTINUACIÓN)

Después de decir esto, Richard no se ocupó más del inspector y trató diferentes negocios con su administrador, que acababa de entrar. El inspector había pensado que podía marcharse, y muy despacio, muy despacio, andando hacia atrás, había ido aproximándose á la puerta; pero Richard echó de ver la maniobra y le clavó en su sitio con un atronador «¡No se mueva usted!»

Por orden del Sr. Remy habían ido á buscar á la acomodadora, que era portera en la calle de Provençe, á dos pasos de la Opera. Y pronto estuvo en el despacho de la dirección.

—¿Cómo se llama usted?

—Madama Giry. Usted me conoce bien, señor director; soy la madre de la Giry, de la pequeña Meg...

Fué dicho esto en un tono tan rudo y solemne, que impresionó un instante á Richard. El director miró á madama Giry (mantón desteñido, zapatos viejos, falda también vieja de tafetán, sombrero color de hollín). La actitud de Richard demostraba que éste no conocía ni recordaba haber conocido á madama Giry, «ni siquiera á la pequeña Meg.» Pero el orgullo de esta célebre acomodadora era tal, que se imaginaba ser conocida por todo el mundo.

—No la conozco á usted, acabó por declarar el director. Pero, madama Giry, esto no impide que quiera yo saber qué le ha ocurrido á usted ayer noche, para haber estado obligada, usted y el señor inspector, á llamar á un municipal...

—Quería justamente ver á usted para hablarle de esto, señor director, á fin de que no le sucedan las mismas desgracias que á los Sres. Debienne y Poligny... Tampoco ellos, al principio, querían escucharme...

—No pregunto á usted nada de eso. Le pregunto qué le ha sucedido anoche.

Madama Giry se puso roja de indignación. Jamás se le había hablado en semejante tono. Se levantó como para marcharse, recogiendo ya los pliegues de la falda y agitando con dignidad las plumas del sombrero color de hollín; pero cambió de resolución, sentóse de nuevo y dijo con voz malhumorada:

—¡Lo que ha sucedido es que han molestado otra vez al fantasma!

Moncharmin, viendo que Richard estaba dispuesto á echarlo todo á rodar al oír semejantes palabras, intervino y dirigió el interrogatorio, del que resultó que madama Giry encontraba muy natural que se dejase oír una voz para afirmar que había gente en un palco en que no había nadie. La acomodadora no podía explicarse ese fenómeno, que no era nuevo para ella, más que por la intervención del fantasma. Ese fantasma no le veía nadie en el palco, pero todo el mundo podía oírle. Ella le había oído muchas veces, y se la podía creer, porque ella no mentaba nunca. Que se preguntase á los Sres. Debienne y Poligny y á todos los que la conocían, y también á

Isidoro Saack, á quien el fantasma había roto una pierna.

—¡Cómo!, interrumpió Moncharmin. ¿El fantasma ha roto la pierna á ese pobre Isidoro Saack?

Madama Giry abrió unos ojos en los que se leía el asombro que sentía ante tanta ignorancia. Y consentió por fin en instruir á aquellos dos desgraciados inocentes. La cosa había sucedido en tiempo de los Sres. Debienne y Poligny, en el mismo palco número 5 y también durante una representación de *Fausto*.

—Oiga usted, señor director. Estaban aquella noche en primera fila el Sr. Maniera y su señora, los lapidarios de la calle de Mogador, y detrás de la señora de Maniera su amigo íntimo D. Isidoro Saack. Mefistófeles estaba cantando (madama Giry canta): «Tú que te haces la dormida,» y en esto, el señor Maniera oye por el oído derecho (su mujer estaba á su izquierda) una voz que le dice: «¡Ah, no es Julia la que se hace la dormida!» (Su mujer se llama justamente Julia.) El Sr. Maniera se vuelve hacia la derecha para ver quién le hablaba de ese modo. ¡Nadie! Se frota la oreja y se dice á sí mismo: «¿Estoy soñando?» Mefistófeles continúa su serenata... Pero estoy aburriendo, acaso, á los señores directores...

—¡No, no! Continúe usted.

—Los señores directores son muy buenos. (Una mueca de madama Giry.) Digo, pues, que Mefistófeles continuaba su serenata (madama Giry canta): «Catalina á quien adoro—¿por qué no has de dar— al amante que te implora—un dulce beso?..» é inmediatamente el Sr. Maniera oye, también por la oreja derecha, la misma voz que le dice: «¡Ah, no es Julia la que negaría un beso á Isidoro!» Entonces se vuelve, pero esta vez del lado de su mujer y de Isidoro. ¿Y qué es lo que ve? Isidoro que había cogido la mano de su señora y la estaba cubriendo de besos en el huequecito del guante... así, señores. (Madama Giry cubre de besos el poquito de carne que deja desnudo su guante de algodón.) Entonces, pueden ustedes figurarse que las cosas no quedaron así. ¡Clic! ¡Clic! Maniera, que es alto y grueso como usted, señor Richard, administra un par de bofetadas al señor Saack, que es delgado y débil como el Sr. Moncharmin, dicho sea sin ofenderle. Se armó un escándalo. El público gritaba: «¡Basta! ¡Basta! ¡Le va á matar!» En fin, el Sr. Saack pudo escaparse...

—No fué, entonces, el fantasma quien le rompió la pierna, dice Moncharmin, un poco ofendido al ver que su físico hacía tan pobre impresión en madama Giry.

—Se la rompió, replica madama Giry con altivez, pues ha comprendido la intención ofensiva del director; se la rompió en la gran escalera, que él bajaba demasiado de prisa, de tal modo que no la volverá á subir tan pronto.

—¿Es el fantasma quien ha contado á usted las frases que dijo en la oreja derecha del Sr. Maniera?, pregunta de nuevo con una seriedad que él cree altamente cómica el juez de instrucción Moncharmin.

—No, señor, ha sido el mismo Sr. Maniera.

—¿Pero usted ha hablado ya con el fantasma, buena mujer?

—Como estoy hablando con usted, mi buen señor.

—Y cuando habla con usted el fantasma, ¿qué le dice?

—Pues me dice que le traiga una banqueta para los pies.

Al pronunciar estas palabras solemnemente, la cara de madama Giry se volvió de mármol, de mármol amarillo vetado de rojo, como el de las columnas que sostienen la gran escalera.

Esta vez Richard se echó á reír en compañía de Moncharmin y del secretario Remy; pero el inspector, instruido por la experiencia, no se rió. Apoyado en la pared, el pobre hombre se preguntaba, removiéndole febrilmente las llaves en el bolsillo, cómo iba á acabar toda aquella historia. Cuanto peor humorado es el tono de madama Giry, más teme él que le vuelva la cólera al señor director. Y hete aquí que ahora, al ver la risa de los directores, madama Giry se atreve á ponerse amenazadora, pero amenazadora de verdad.

—En lugar de reírse del fantasma, exclama indignada, harían ustedes mejor imitando al Sr. Poligny, que quiso darse cuenta por sí mismo...

—¿Darse cuenta de qué?, interroga Moncharmin, que nunca se ha divertido tanto.

—¡Del fantasma!.. ¿No se lo digo á ustedes?.. Oigan ustedes. (Se calma repentinamente, porque juzga que el momento es grave.) Oigan ustedes... Lo recuerdo como si fuese ayer. Aquella noche se cantaba *La Hebréa*, y el Sr. Poligny quiso asistir á la representación, solo, en el palco del fantasma. La Krauss había obtenido un éxito loco.

(Se continuará.)



Valencia.—El Excmo. Sr. Ministro de Instrucción Pública pronunciando el discurso de clausura de la Exposición Regional.

VALENCIA.—CLAUSURA DE LA EXPOSICIÓN REGIONAL

Con gran solemnidad efectuóse el día 9 de los corrientes la clausura de la Exposición Regional Valenciana, esa manifestación espléndida de lo que vale y puede aquel pueblo y que ha atraído la admiración de propios y extraños sobre la hermosa ciudad del Turia.

Para presidir la ceremonia llegó á Valencia el Excelentísimo Sr. D. Antonio Barroso, ministro de Instrucción Pública, quien fué recibido en la estación por todas las autoridades, por el comité de la Exposición, por las corporaciones y por numerosas y distinguidas personalidades.

A las diez de la mañana comenzaron á reunirse en el Ateneo Mercantil los invitados al acto de clausura, y una hora después púsose en marcha hacia la Exposición la comitiva, que abrían cuatro heraldos con estandartes alusivos y en la que figuraban 150 carruajes, en los cuales iban representaciones de todas las fuerzas vivas de Valencia.

En el entretanto, reuníase en la Exposición un público numerosísimo que llenaba totalmente el grandioso Estadio de la Pista, en cuyo fondo habíase levantado un estrado para los elementos oficiales.

La comitiva recorrió toda la Exposición, deteniéndose junto al Palacio Municipal, desde donde los que de ella formaban parte se dirigieron á pie al Palacio de la Industria. Allí, después de sendos discursos que pronunciaron el alcalde Sr. Aliaga y el ministro, éste, acompañado del marqués del Turia, descubrió la lápida conmemorativa de la Exposición. Esa lápida, que es provisional, contiene la inscripción siguiente:

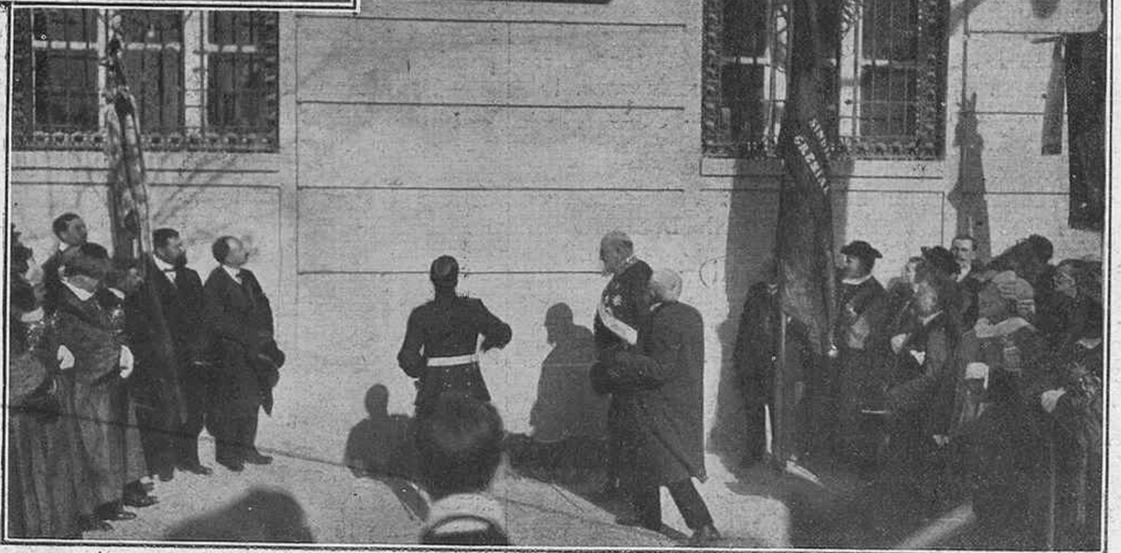
«En este edificio y terrenos que le circundan se celebró la Exposición Regional Valenciana en 1909. La inició D. Tomás Trenor y Palavicino, presidente del Ateneo Mercantil, fué patrocinada por éste y cooperaron á ella la ciudad de Valencia y toda la Región.»

Terminada la ceremonia, dirigióse la comitiva oficial hacia el Estadio, que presentaba un golpe de vista magnífico; palcos, graderías, tribunas, todo se hallaba lleno por una concurrencia inmensa, en la que se destacaban los elegantes atavíos de las hermosas valencianas.

Llegados al estrado, ocupó el ministro la presidencia, teniendo á su derecha á los señores arzobispo, gobernador civil, presidente de la Audiencia y alcalde de Alicante, y á su izquierda á los señores alcalde de Valencia, capitán general, presidente de la Audiencia provincial y primer teniente de alcalde Sr. Viciano.

Después de leída por el secretario general del Comité la lista de los expositores premiados, el Sr. Trenor pronunció un discurso elocuentísimo recordando

la pompa con que fué inaugurada la Exposición por S. M. el rey, las visitas de personas ilustres que ha recibido, los elogios entusiastas que ha merecido de todos y las vicisitudes por que ha pasado, exponiendo las gestiones hechas para que el certamen de regional se convierta dentro de poco en nacional, dedicando sentidas alabanzas á cuantos artistas, industriales y obreros en el certamen han tomado parte, y dando las gracias al rey y al gobierno. El Sr. Barroso contestó á este discurso con otro no menos elocuente, en el que afirmó que todo lo que se había otorgado á los valencianos era merecido, felicitó calurosamente á Valencia por el éxito brillante de su Exposición, ofreció el apoyo del gobierno y terminó diciendo: «No vengo á clausurar la Exposición; vengo á poner término por hoy á vuestro trabajo, á poner, como antes os decía, un punto final á esto que, aun siendo grande, no es más que el prólogo de lo que sin duda haréis.» Después del discurso del ministro que, como el del Sr. Trenor, fué aplaudido con entusiasmo, soltáronse 1.000 palomas mensajeras, y cinco bandas de música y un nutrido coro entonaron el *Himno á la Exposición*.



El Excmo. Sr. Ministro de Instrucción Pública descubriendo la lápida conmemorativa de la Exposición Regional. (De fotografías de F. Moya.)

No queremos terminar estas notas sin tributar una vez más al noble pueblo valenciano el homenaje de nuestro aplauso más caluroso y de nuestra admiración más ferviente por el alarde de vitalidad y de pujanza que ha hecho ante el mundo entero con su Exposición Regional, y sin hacer los más sinceros votos por que su obra, ya colosal en su primera parte, resulte sobrepajada y obtenga si cabe, mayor éxito cuando se reanude como Exposición Nacional. — C.



Berlín.— El príncipe Tsai-Hsun, jefe de la misión marítima china que por encargo del gobierno del Celeste Imperio ha visitado las principales cortes y los arsenales más importantes de Europa. (De fotografía de «Argus Photo Reportage.»)

LA MISIÓN MARÍTIMA CHINA

China se ha convencido al fin de que el estancamiento es para los pueblos la muerte; de que en la época actual, las naciones que no marchan al compás del progreso están llamadas á desaparecer. Y convencida de esto y comprendiendo también la fuerza que puede alcanzar el día en que utilice como es debido los recursos inmensos de que dispone, se apresta á recobrar el tiempo perdido, é imitando el ejemplo del Japón, busca por todos los medios asimilarse las conquistas de la civilización moderna.

Así en la actualidad está reorganizando enteramente su ejército y su marina de guerra, á cual efecto, además de llamar á su país á valiosos elementos extranjeros, ha enviado misiones especiales á Europa para estudiar de cerca la solución de los problemas que al

poderío militar y naval se refieren. La encargada de la parte marítima está presidida por el príncipe Tsai-Hsun, y ha visitado los principales arsenales de Inglaterra, Francia, Italia, Austria y Alemania, en donde se halla actualmente y desde donde se encaminará con el mismo objeto á Rusia. — R.

UNA OBRA IMPORTANTE EN EL RÍO LLOBREGAT

Con objeto de evitar en lo sucesivo las inundaciones que tantas veces ha sufrido la comarca del bajo Llobregat y que tan graves perjuicios han ocasionado en ella, realízanse actualmente por cuenta del Estado importantes obras de defensa y encauzamiento del citado río.

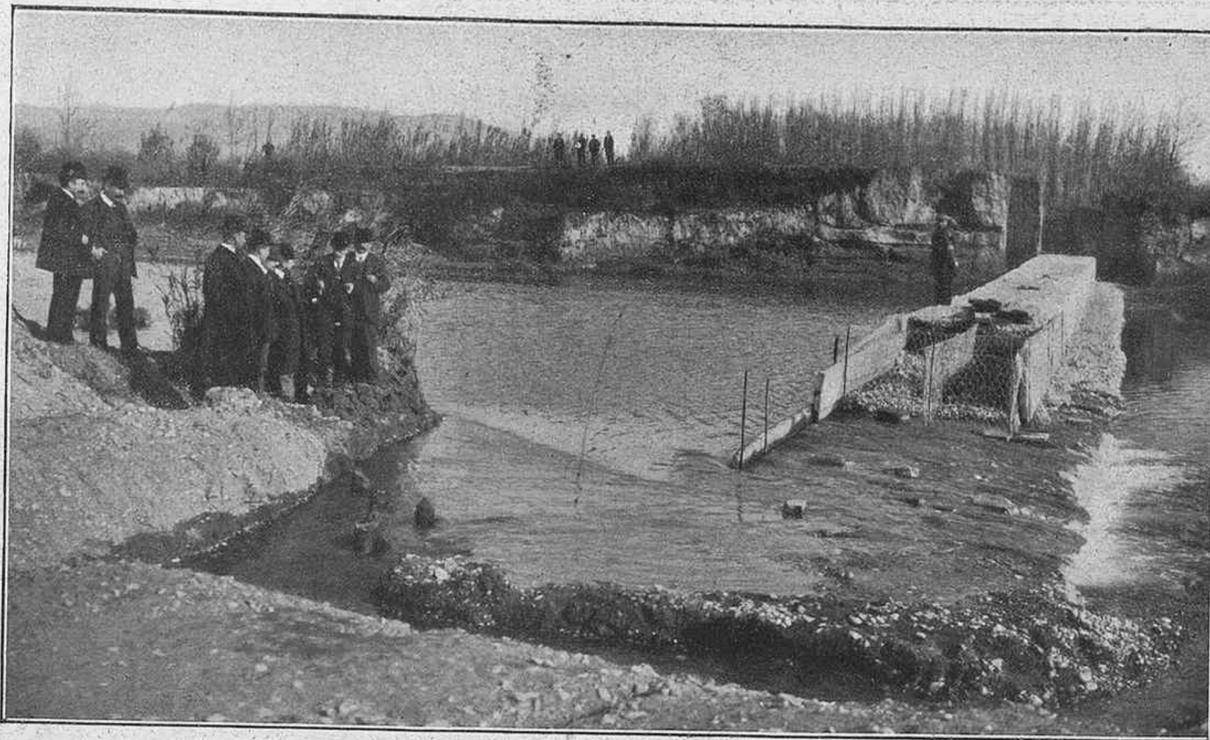
Dichas obras se ejecutan por el procedimiento de encofrados y enfaginados metálicos de la casa italiana Rafael Macchafferri é hijos, de Zola Pedrosa, que consiste en unas jaulas ó cajas de alambre galvanizado que se rellenan en el sitio en donde han de colocarse con cantos rodados del mismo río, y están eficazmente ligadas y enlazadas unas con otras.

Las ventajas de este procedimiento sobre todos los demás sistemas de defensas fluviales son: que las jaulas no pueden ser arrasadas por las aguas, y aunque éstas, por su violencia, las descálcan, no se mueven del sitio á causa de su propio peso; que tienen una duración extraordinaria, pues cuando al cabo de muchos años

constituido en un bloque natural; que la obra puede ejecutarse en cualquier época del año, y que es sumamente económica, dado que para rellenar las jaulas metálicas pueden utilizarse, como hemos dicho,

rección de Ingeniería civil y varias compañías de ferrocarriles.

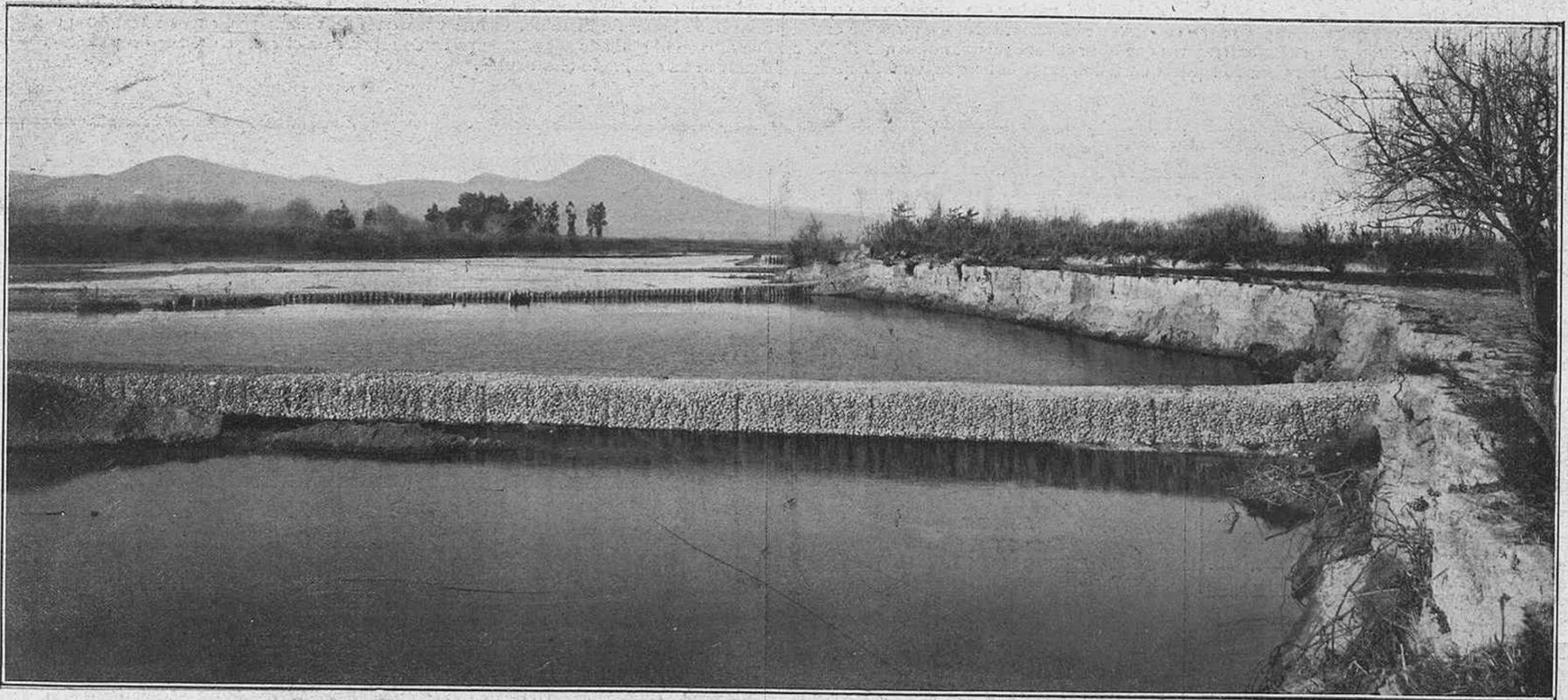
Para hacerse cargo del estado de adelantamiento de los trabajos que, como al principio decimos, se ejecutan en el Llobregat, estuvo en San Juan Despí, el día 9 de los corrientes, el vicepresidente de la Diputación provincial de Barcelona Excelentísimo Sr. D. Joaquín Sostres, á cuyas activas gestiones en Madrid se debe la disposición gubernativa que resuelve definitivamente la grave cuestión del encauzamiento del Llobregat. Acompañaban en su visita al Sr. Sostres el ingeniero de la comisión hidráulica del Pirineo Oriental D. Carlos Ratera, director de las obras; el sobrestante afecto á las mismas Sr. Quetglás; los ingenieros Sres. Ortega y Guevara; el Sr. Bianchini, gerente de la casa Bianchini y Compañía, poseedora de la patente del sistema de encofrados y enfaginados metálicos; el ingeniero de la misma Sr. Ramoneda Holder, y muchos propietarios de la comarca. Todos quedaron muy satisfechos, así de la marcha de las obras como de la



El Excmo. Sr. D. Joaquín Sostres, vicepresidente de la Diputación provincial de Barcelona, visitando las obras de encauzamiento del Llobregat en compañía de varios ingenieros y propietarios de la comarca.

los cantos rodados extraídos del lecho del mismo río. Y en la práctica han podido apreciarse perfectamente todas estas ventajas en las muchas é impor-

nario de la misma Sr. Ramoneda Holder, y muchos propietarios de la comarca. Todos quedaron muy satisfechos, así de la marcha de las obras como de la



San Juan Despí (Barcelona).—Vista de las obras de encauzamiento del Llobregat que actualmente se están efectuando (De fotografías de nuestro reportero Sr. Merletti.

y por efecto de la oxidación se destruye la caja de alambre, el relleno de ésta ya se ha consolidado por la acción del fango y de la vegetación, quedando

tantísimas obras efectuadas especialmente en Italia, en donde han aceptado el sistema el gobierno, las administraciones provinciales y municipales, la di-

bondad del procedimiento empleado, y el Sr. Sostres fué muy felicitado por su eficaz intervención en tan trascendental asunto.—T.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
 SOBERANO CONTRA
CATARRO - ASMA - OPRESIÓN
 30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
 Todas Farmacias.

INFLUENZA RACHITIS
 ANEMIA VINO CLOROSIS
AROUD
 CARNE-QUINA-HIERRO
 El más poderoso Regenerador.

Historia general del Arte
 Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalisteria, Gléptica, Indumentaria, Tejidos
 Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración.—Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno.
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

PATE EPILATOIRE DUSSE

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE, DUSSE, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

SAN SEBASTIAN.—LOS VENCEDORES DEL TIRO DE PICHÓN

Sr. Thonier (francés.)

Sr. Bivort (belga.)

Sr. Bastien (francés.)

Conde O'Brien (español.)

Sr. Nobile F. Fadini (italiano.)



L. Saavedra (argentino.) Barón F. de l'Espine (francés.)

Sr. Ochoa (español.) Marqués de Villamayor (español.)

La hermosa capital donostiarra ha llegado á ser una de las primeras estaciones veraniegas del mundo, á lo que han contribuido por igual la belleza de la urbe, los encantos de su playa y la dulzura de su clima, por un lado, y por otro el carácter de su pueblo, bondadoso y hospitalario como pocos, sus costumbres morigeradas, á pesar de haberse abierto por entero á las corrientes del espíritu moderno, y el conjunto de fiestas y de atractivos que durante la *season* se ofrecen al forastero. No es, pues, de extrañar que sean numerosísimos los extranjeros que allí acuden, calculándose que llegan á millón y medio los que han visitado aquella ciudad durante la temporada última.

Una de las fiestas que mayor éxito consiguen siempre es el concurso del tiro de pichón, al que acuden los más famosos tiradores nacionales y extranjeros. En el de este año, ha ganado la copa del rey el Sr. Journu, una de las mejores escopetas de Francia, premiado en todos los grandes concursos en que ha tomado parte; los demás premios los han obtenido los Sres. Thonier, Bivort, conde O'Brien, Nobile Federico Fadini, Saavedra, barón de l'Espine, Ochoa y marqués de Villamayor, cuyos retratos reproducimos en el grabado adjunto, cuyo fondo representa el campo del tiro de pichón en donde se ha celebrado el concurso.

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Cura más activa y económica, el único inalterable.— Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR
* Célebre Depurativo Vegetal *
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C^{ia}, 102, R. Richelieu, Paris.
Todas Farmacias.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

PILULE
EXIGIR LA SIGNATURE
de BLANCARD
al IODURO de HIERRO
INALTERABLE
DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES
Depósito: BLANCARD & C^{ia}, 40, R. Bonaparte, Paris.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS JORET-HOMOLLE
CURA
LOS DOLORÉS, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
F^{ia} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

VÍCTIMAS DE LA DESGRACIA

El que quiera poseer los secretos del amor, que la mala estrella le deje, ganar en juego y loterías, destruir ó echar un hado, aplastar á sus enemigos, tener suerte, riqueza, salud, belleza y dicha, escriba al mago Moorys's, 19, rue Mazagan, Paris, que envía gratis su curioso librito.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.